¿QUE DICEN LOS PROFETAS?

C. I. SCOFIELD

Clásicos evangelicos

C. I. SCOFIELD

¿QUÉ DICEN LOS PROFETAS?

Libros CLIE
Galvani, 113
TERRASSA (Barcelona)

¿QUÉ DICEN LOS PROFETAS?

© 1985 por CLIE para la versión española

Versión española: Samuel Vila

Depósito Legal: B. 5.263-1985
ISBN 84-7228-966-4

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
A.C. n.º 265 S.G. - Polígono Industrial Can Trias,
calles 5 y 8 - VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

ÍNDICE

PRÓLOGO 7
1. ¿Proyecta la Biblia luz sobre esta guerra? . 9
2. El profeta 19
3. El mensaje ético 27
4. El Mesías 33
5. La visión del reino 43
6. El ministerio profético de Jesucristo . . 51
7. El mensaje profético de los Hechos . . . 61
8. La profecía en las Epístolas 69
9. El Apocalipsis 79
10. Los últimos siete años de la edad . . . 87
11. La edad de oro en la tierra 97

Prólogo

El que la raza humana se halla en una crisis suprema es evidente, incluso a la inteligencia menos privilegiada. Nunca circunstancias presentes se han presentado en la larga vida de la humanidad sobre la tierra. Es imposible suprimir el intento de hallar un significado a todo ello. Nadie puede realmente estar satisfecho con las soluciones fáciles propuestas por un optimisto superficial o quedar convencido por ellas. Durante treinta años estos profetas de paz sin justicia nos habían asegurado que las guerras grandes y serias habían terminado para siempre, y, con todo, nos hallamos ahora en la mayor y más cruenta de todas las guerras. ¿Qué significa todo esto?[1]

Los cristianos creen que, de alguna forma, en alguna parte, la respuesta se halla en los escritos de los profetas, escritos cuya autenticidad ratificó Jesucristo (Lucas 16:31; 24:27, 44), y centenares de cumplimientos literales. Pero a estos escritos, sencillos y explícitos en sí mismos, se les han forzado significados totalmente extraños al lenguaje usado en ellos, con miras a aplicarlos a la Iglesia en vez de aplicarlos a Israel, o bien han sido el recurso fácil de fanáticos sin preparación intelectual seria.

Sin duda es hora de que hallemos una interpretación sana y razonable a estos escritos. Este libro es un

esfuerzo sincero para presentar una interpretación así, escrito después de treinta y cinco años de estudio con ahínco.

Greyshingles, Douglaston, L. I. Pascua, 1918.

C. I. Scofield

1. Se refiere el autor a la Primera Guerra Mundial, que fue, en realidad, el motivo y origen de la Segunda, mucho más terrible que aquélla. En 1917 tuvo lugar, por otra parte, la revolución rusa que dividió la Humanidad en dos bloques políticos de ideología social diametralmente opuesta. Así que es bien cierta la afirmación del autor de que en sus días se estaba gestando una crisis mundial suprema, de resultados imprevisibles, y de la cual aún hoy, pasados tres cuartos de siglo (1984), no es posible ver solución sino en un poder sobrenatural que tome el control, librándonos del temor que a todos aterroriza, del desatamiento de una guerra atómica.

1

¿Proyecta la Biblia luz sobre esta guerra?

¿Qué significado tiene esta gran guerra que ruge sobre Europa y el Próximo Oriente, si es que tiene alguno, a la luz de la profecía? ¿Puede afirmarse, con base, que esta guerra particular es mencionada en la palabra profética? Si es verdad que «la profecía es la historia escrita de antemano» puede parecer algo extraño que esta guerra totalmente sin paralelo en el curso de la historia humana haya pasado sin ser notada en las Escrituras. Con la luz que tenemos trataré de hacer frente a la pregunta imparcialmente. No tengo teorías peculiares o nuevas de interpretación profética, ni tengo doctrinas propias en cuyo interés pueda sentirme tentado a forzar aplicaciones favorables de predicciones oscuras.

Quizá no ha habido cosa alguna que haya contribuido más a llevar el estudio y la enseñanza de la profecía a su presente estado de descuido que las generalizaciones precipitadas. El método es fácil; con él uno se ahorra largas horas de estudio y reflexión ardua y, con frecuencia, se llega al punto deseado. Pero no es convincente, y las conclusiones alcanzadas son invali-

dadas pronto por el descubrimiento de otros pasajes que no pueden ponerse en armonía con las teorías.

Todas las conclusiones de este tipo son alcanzadas al margen de la gran regla inspirada que gobierna la interpretación profética: «Sabiendo primero esto, que ninguna profecía de las Escrituras procede de interpretación privada» (2.ª Pedro 1:20), esto es, que ninguna profecía debe ser interpretada «por sí misma», sino en armonía con todo el cuerpo de predicción sobre un tema dado. ¡Qué salvaguarda para la cordura y buen juicio hay aquí! No se exagera al afirmar que si la regla de Pedro hubiera sido observada tendríamos, con algunas mínimas discrepancias inevitables, un acuerdo majestuoso de interpretación del cuerpo de profecía predictiva.

Para hablar imparcialmente, sin embargo, hay que decir que no sólo son los «fanáticos», sino también los mismos escritores, que tratan de evitar cuidadosamente todo sabor de fanatismo y se enorgullecen de su sano criterio como característica honrosa, los que han pecado en contra de la regla de Pedro. La falsa interpretación común de numerosas y explícitas predicciones sobre el retorno del Señor diciendo que cuando Él viene es a buscar al creyente cuando muere, puede servir para ilustrar este punto. El estudio más superficial de los pasajes nos mostrará que, signifique lo que sea, en ningún caso puede significar esto.

Lo primero que hace la regla de Pedro es enviarnos a la Biblia con nuestras preguntas sobre el futuro. Hablamos, al mencionar los profetas, de hombres que «ven por adelantado». Aparte de la inspiración hombres así no existen. Los intentos meramente humanos de predecir el futuro siempre han sido desmentidos por los sucesos. Urquhart ha compilado un número suficiente de estos casos. En los momentos de crisis en los asuntos humanos los hombres más competentes

del tiempo han hablado con seguridad de lo que vendría como resultado de la crisis. En ningún caso tuvo éxito el intento. Ahora mismo hay muchos que están escribiendo ensayos tratando de realizar esta tarea. Se nos dice que la humanidad está tan anonadada por la carnicería de la guerra presente, que nunca más va a tolerar otra guerra. Se nos dice que el resultado inevitable de esta lucha desesperada será una federación de naciones, «los Estados Unidos del mundo». Pero incluso si sucediera esto no va a asegurar la paz de los pueblos. La federación conocida como los Estados Unidos de América no fue una salvaguarda para que estos estados no entraran en una lucha larga y sangrienta. La pregunta, pues, hay que ponérsela a las Sagradas Escrituras. Si no hay respuesta allí no hay respuesta en parte alguna.

Pero una sincera aplicación de la regla de Pedro nos envía a todo el cuerpo de verdad revelada referente al futuro. No que toda profecía tenga que ver con el futuro político de las naciones de la tierra, pero toda profecía tiene que ser escudriñada de modo que las partes del todo que tengan relación con este futuro puedan ser abarcadas por nuestro pensamiento. Porque la profecía, como toda verdad revelada, está interrelacionada de modo vital. Hay que pensar en las Escrituras, no como un edificio construido por medio de piedras separadas, sino como un árbol majestuoso, formado por fibras entrelazadas, un crecimiento, no una estructura. Me propongo, pues, en los capítulos sucesivos, presentar una visión de la palabra profética que nos ponga en el punto de vista apropiado para hallar nuestra respuesta. Sin duda vale la pena que dediquemos nuestro pensamiento en los momentos tremendos actuales a un intento así para ver en la proporción debida y sobria lo que Dios se ha complacido en revelar del futuro de nuestra raza.

El decir algo que pueda ser de significación sobre esta guerra mundial sin precedentes requiere más que la cita de algún texto que se suponga adecuado. Porque la profecía en la gran escala mundial trata de épocas, abarca los siglos dentro de sí. La profecía tiene que ver los grandes períodos llamados «edades». Vivimos hoy en dos de estas edades; dos corrientes de profecía se reúnen y fluyen juntas, pero no se mezclan. Son los «tiempos de los gentiles» y la edad de la Iglesia.

Sobre el primero el principal profeta es Daniel; sobre el segundo es Cristo. Y hay que notar cuidadosamente que Cristo da como genuino a Daniel y nos envía a él para hallar información (Mateo 24:15).

Es Cristo, además, el que nos da el nombre y la señal de los tiempos de los gentiles: «Y Jerusalén será pisoteada por los gentiles hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan» (Lucas 21:24).

Es evidente que las palabras se refieren al régimen político de los gentiles, y la señal específica que marca la presencia y continuidad del régimen es la dominación gentil sobre Jerusalén. Esto nos permite fijar con certeza el comienzo de los «tiempos de los gentiles». Porque el primer gentil que se enseñoreó de Jerusalén fue Necco, rey de Egipto (2.ª Crónicas 36:3-5). Pero su autoridad no duró mucho y tampoco fue importante. Con la conquista de Jerusalén por Nabucodonosor (año 606 a. C.) empezó el período de más de dos mil quinientos años de duración, en el cual estamos viviendo todavía y del cual la presente guerra mundial parece ser el principio del fin.

Las dos cosas marcan en las Escrituras el comienzo de una nueva dispensación; son milagros y una nueva revelación profética. Con la cautividad de Judá empe-

1. Al publicarse por primera vez este libro en español podemos decir *dos* guerras sin precedentes, y el terror de una tercera, que no creemos que Dios permita, a no ser que sea una o varias de las catástrofes anunciadas en Apocalipsis.

zaron los tiempos de los gentiles, y fue entonces, al principio del gobierno de los gentiles sobre la tierra, que fue revelado a Daniel el amplio bosquejo de todo el curso de esta época y su fin, éste con minucioso detalle (Daniel 2:1-45; 7:1-2; 27; 9:20-27; 11:36 a 12:3).[1]

El bosquejo del gobierno mundial de los gentiles es simple. Tenía que haber cuatro grandes imperios que dominarían la escena, y éstos son de fácil identificación para el estudioso de la historia, primero por el orden de su sucesión y, segundo, por las características que da de ellos la profecía. Tal como indicó Daniel se han levantado imperios, en el mismo orden, han poseído los carácteres adscritos a ellos por Daniel y han desaparecido. El suceso prueba con exactitud la profecía. La Babilonia de Nabucodonosor, Media y Persia, la Grecia de Alejando Magno y Roma, han aparecido y desaparecido. Y sin embargo no del todo. Aunque parezca extraña la afirmación, a primera vista, no hemos terminado con el Imperio romano todavía.

Según la visión de Daniel, el cuarto, o sea, el Imperio romano, pasa por cuatro fases distintas. Estas fases son:

1. El período de «hierro» (Daniel 2:40; 7:7) cumplido en la historia de Roma durante los siglos de crecimiento, unión y conquista.

2. La división en dos, simbolizada por las dos piernas de la estatua de la visión, y cumplida en las divisiones del Imperio en los imperios oriental y occidental.

3. El período de la ulterior división y deterioro (2:41, 42), que resulta en el presente sistema nacional mundial con el hierro del «imperio» mezclado con el barro cocido, elememto de la fluctuante voluntad popular, como en las monarquías y repúblicas constitucionales que han existido en lo que antes fue el cuarto

1. Este material de las Escrituras es discutido en detalle en capítulos ulteriores.

imperio, o sea, Roma. Así que, basados en la continuidad histórica, que no depende de algún sistema arbitrario de supuesta cronología, basado en las fechas de los decretos de Ciro o Darío, llegamos hasta nuestros días. La división territorial y el deterioro con respecto al poder de imponer obediencia a una voluntad es algo que ha tenido lugar. Estamos viviendo en este día y son las naciones que se formaron de la antigua Roma las que (con excepción de Rusia) están envueltas en la guerra de las guerras, que puede ser en realidad la lucha a muerte del presente sistema mundial.

En la profecía de Daniel, confirmada por el propio testimonio de nuestro Señor y reforzado por el de otro gran libro sobre el fin de los tiempos, el Apocalipsis, queda claro que lo que sigue al tercer período del cuarto imperio, o sea, en período de división y deterioro, es el reino que el Dios de los cielos ha establecido, el reino que no ha de tener sucesor, sino que permanece para siempre (2:44, 45).

Pero es importante notar que el fin de los tiempos de la última fase de la historia de lo que antes fue Roma y ahora son las naciones que están en guerra forma un período en sí mismo, del cual la profecía nos da una descripción detallada.

4. El período del fin de los tiempos de los gentiles (Daniel 7:8, 19-26, 27; 11:36).

El detalle será dado en capítulos siguientes. Quiero hacer énfasis sobre la regla de Pedro y decir una vez más que es locura el esperar entender la profecía a partir del estudio de fragmentos. Es sólo en el campo del estudio de la Biblia que hay quienes se permiten una falsa esperanza semejante. En ningún otro departamento de la investigación humana se espera que se pueda asegurar conocimiento claro y convincente mediante el método de estudio que ha sido llamado con propiedad «el método saltamontes».

He mencionado por ejemplo, en un párrafo precedente, «el reino que el Dios del cielo establece» después que el gobierno de los gentiles sobre la tierra ha terminado. Pero, evidentemente, el mencionarlo nos presenta toda la cuestión de este reinado, lo que será y cómo vendrá. La mera afirmación podría muy bien significar media docena de cosas distintas a otros tantos lectores. No hay atajos para llegar a resultados sanos en el estudio de la Biblia, como no existen en otros campos tampoco.

Puede ser útil, pues, presentar en bosquejo el testimonio profético respecto al fin de los tiempos del gobierno de los gentiles sobre la tierra, y a lo largo de este libro daremos pruebas en detalle.

1. La edad termina en una catástrofe. No hay voz profética que describa el fin de «los tiempos gentiles» en términos pacíficos, como algunos predican desde los púlpitos y las revistas. Daniel dijo que el fin «será con una inundación» y que «hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones» (Daniel 9:27. El Señor Jesús halla en la historia bíblica del diluvio y en la de la destrucción de Sodoma y Gomorra cuadros apropiados al fin de la edad. «Como en los días de Noé.» «Como fue en los días de Lot.» El significado es terrible. La edad que terminó con el diluvio era próspera, activa, famosa, perversa y, aunque había recibido avisos, no hicieron caso de ellos (Daniel 9:26; Lucas 17:26-30; Génesis 4:21, 22; 6:4; Mateo 24:37-39). Cuando los atónitos discípulos quisieron conocer detalles del lugar y el tiempo nuestro Señor les mencionó Armagedón (Lucas 17:37; Apocalipsis 19:17-21).

La visión anticipada del fin de la edad, según Jesús, incluía guerras, hambres, pestilencias, como mero «principio de dolores» (Mateo 24:6-8), y éstos se agravan en la gran tribulación que a su vez termina sólo con la aparición de Cristo en gloria y la batalla de Ar-

magedón (Mateo 24:15-30; Apocalipsis 19:11-21). Entonces, y sólo entonces, la piedra «cortada sin intervención de ninguna mano» golpea los pies de la estatua del sueño de Nabucodonosor, la imagen en la cual se presenta todo el período del poder mundial de los gentiles (Daniel 2:34, 35), y entonces, y sólo entonces, es establecido el reino del «Dios del cielo». La «piedra» da un terrible golpe destructor antes de pasar a ser un gran poder, y «llena toda la tierra» (Daniel 2:35, 44, 45). En modo alguno puede decirse que el golpe destructor fue dado en el primer advenimiento de Cristo, porque el golpe es sobre los pies de la imagen, la última forma del cuarto imperio de Roma, y este imperio no había entrado en el período de la división durante los años del primer advenimiento.

2. Atendiendo a lo que ha dicho la palabra profética no hay la menor garantía de que pueda esperarse que las naciones implicadas en la presente lucha gigantesca puedan hacer o hagan una paz permanente. Se sueña con que de todo el sufrimiento, carnicería y destrucción de esta guerra va a salir un odio a la guerra que traerá una federación de naciones —los Estados Unidos del mundo— en la cual existirá sólo un cuerpo armado y será más bien una policía internacional que un ejército.

Por lo menos una vez hay alguna correspondencia entre el sueño popular y la palabra profética. Porque esta palabra, ciertamente, señala un imperio mundial federado en el fin de la edad. Pero esta federación es dirigida por el «pequeño cuerno» de Daniel; la «abominación de la desolación» del gran discurso profético de nuestro Señor (Mateo 24:15); el «hombre de pecado» de Pablo (2.ª Tesalonicenses 2:8-10); la bestia que sale del mar, de Apocalipsis 13. Pero la paz que resulta durante un tiempo es la de la sumisión universal al último déspota de la tierra, el más odioso de todos, y termina en Armagedón (Apocalipsis 19:11!21).

Naturalmente es posible y aun probable que haya algún armisticio temporal que termine o suspenda durante un tiempo, esta presente guerra mundial, porque habrá diez reinos que existirán al fin de los tiempos en el territorio en otro tiempo regido por Roma. Pero será probablemente una tregua breve, porque es precisamente en este estado del viejo mundo que el pequeño cuerno entra en escena. Su aparición vuelve a encender las llamas de la guerra, porque rápidamente pone bajo su control y dominio a tres de los diez reinos. Será un genio consumado de la raza de Adán. Antíoco Epifanes y Napoleón Bonaparte fueron sólo presagios de él, y con él en el escenario la tragedia final avanza con increible rapidez.

3. Pero a través de este abismo espantoso de una tierra maldita por la guerra, en el cual se hunde el poder mundial de los gentiles —y posiblemente se está hundiendo ahora mismo— surge la bienaventurada visión del reino establecido por el «Dios del cielo». Y éste y no la historia de la tiranía y derramamiento de sangre de los gentiles y de su fracaso patético y trágico para gobernar al mundo en justicia es lo que forma el gran tema de la profecía. Cuando los profetas describen el reino futuro mojan su pluma en gloria. Entonces —y ¡cuán cerca es posible que esté! la tierra tendrá la edad de oro soñada por los poetas y anhelada por todos los que aman a la humanidad. Entonces serán justificados los caminos de Dios; entonces nacerán hombres y mujeres cuyo intelecto, libre ya de pecado, producirá una civilización cuya hermosura y poder ni aun podemos imaginarnos, porque «la creación misma será librada de la servidumbre de corrupción para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios.»

2

El profeta

El profeta hebreo es una figura noble e impresionante. Solo, desafiando a reyes y sacerdotes, austeros, sin buscar discípulos, perseguidos, invulnerables al soborno o a la amenaza, pasando al martirio con frecuencia, dueños por medio del Espíritu de toda forma de expresión literaria, patriotas henchidos de amor apasionado por Israel, no hay hombres que hayan aparecido en la historia humana, más elevados en carácter o en coraje.

El profeta no formaba parte de la vida organizada de la comunidad hebrea. No tenía ningún cargo que le constituyera en profeta. La agencia o representación normal para la comunicación con la voluntad divina en situaciones especiales de emergencia estaba concedida por la promesa al sacerdocio: «Y allí me declararé a ti y hablaré contigo sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el arca del testimonio, todo lo que yo te mande para los hijos de Israel» (Éxodo 25:22). Pero la comunión con Dios es un acto espiritual. El Sumo Sacerdote tenía el privilegio de esta comunión como representante del pueblo delante de Dios, pero este privilegio, por necesidad, suponía que la relación del Sumo Sacerdote con Dios era

humilde y feliz comunión por parte del sacerdote. Incluso el creyente de hoy, que está en posesión de la palabra de Dios escrita y que está revestido por el Espíritu de Dios, tiene que ser espiritual antes de que pueda comprender los significados y mensajes más profundos de esta palabra. «El que es espiritual juzgue» (1.ª Corintios 2:15) es todavía una condición rigurosa. Por tanto, los profetas aparecieron cuando los sacerdotes pasaron a ser meros ejecutores de un ritual, no espiritual, codicioso, en que se concebía la religión de Jehová como actos externos y ceremonias. La aparición en Israel de un profeta significaba siempre que Jehová estaba en controversia con su pueblo.

Es muy instructivo notar los títulos o características de un profeta. Para empezar se le llamaba un «varón de Dios» (por ejemplo, 1.ª S. 2:27). No era una designación concedida divinamente; era el testimonio inconsciente del pueblo entre el cual vivía sobre su vida y su carácter. Se me ha dicho que hace algunos años «Billy» Sunday escribió una carta al comandante Cole, el evangelista, dirigiéndola «al varón de Dios, de Adrián, Michigan». Cuando la carta llegó a la ciudad de Adrián no hubo duda ni dilación en la entrega de la misma. Dentro de una hora estaba en las manos de Cole. En Adrián, Michigan, sabían perfectamente quién era «el varón de Dios» que residía en ellos.[1] Luego este hombre de Dios venía a ser llamado el «vidente», el hombre que podía ver (por ejemplo, 2.ª S. 24:11). Como Moisés, actuaba como viendo al indivisible. Era un hombre cuyos ojos habían sido abiertos por Dios (Nm. 24:3), y Dios podía hacerlo, porque se trataba de «un varón de Dios». Y así era cómo el varón de Dios en Israel, teniendo por esta razón la visión de Dios, pasaba a ser un «profeta», el portavoz de Jehová para Israel.

Se ha dicho bien que la misión del profeta hebreo

1. Adrián es una ciudad en el estado de Michigan.

no era de modo primario la de predecir, sino que era la de predicar, hablar en público, es decir, sin miedo, reprendía, instruía en justicia, exhortaba y advertía. Y esta parte de su ministerio se refería no sólo a la conciencia individual del israelita, sino incluso más a la vida corporativa y la conducta de Israel como nación. Era, de modo invariable, un patriota que ardía con la convicción de que su nación había recibido una misión espiritual y sacerdotal con respecto a las naciones gentiles, como representante del Dios único y verdadero y la bienaventuranza de este pueblo cuyo Dios era Jehová. Sabía que en tanto que las naciones surgían y caían, la pequeña comunidad de Israel, con sólo permanecer en obediencia y lealtad a su rey invisible, podía seguir segura e invulnerable bajo su protección (Salmo 89:18 y versículos precedentes).

El ministerio primario de los profetas, pues, era patriótico e intensamente ético. Veían paz para Israel sólo por medio de la justicia (Isaías 32:17, por ejemplo). Nada más habría bastado. Bajo esta elevada condición y bajo ninguna otra Dios estaba dispuesto a arrojar una muralla invisible de protección sobre la tierra que había dado a su pueblo; bajo esta condición y no otra, podía el pueblo vivir en paz entre sí; bajo esta condición y ninguna otra, el israelita individual podía estar en paz con su propia alma. En ninguna parte de las Escrituras las exigencias éticas alcanzan mayor altura. El sermón del monte no es sino la enseñanza ética de los profetas elevada a su máxima potencia.

Pero junto con esta inflexible demanda de justicia los profetas revelaban atributos y características en Dios tan tiernas, amorosas y fieles, que el permanecer en ignorancia de los escritos proféticos era privar al alma de una visión de Dios que cada alma humana necesita profundamente.

Los mensajes patrióticos y éticos de los profetas cayeron en oídos, si no sordos, acostumbrados a no escuchar. La pequeña nación se había hecho rica y ambiciosa. Abundaban los falsos profetas y entonces, como ahora, el mensaje de lo tales era: «Paz, paz.» Éstos eran optimistas, en tanto que los profetas verdaderos daban advertencias amenazadoras de juicio y cautividad. Al más severo e implacable de sus propios profetas Dios le había dicho: «He aquí que tú eres a ellos como cantor de amores, de alguien que tiene voz agradable y toca bien un instrumento, así que oyen tus palabras, pero no las ponen en obra» (Ezequiel 33:32).

El pueblo sintió el poder de Ezequiel y se congregó en torno suyo, como hacemos hoy con un líder en circunstancias similares. Fue, pues, cuando los avisos y ruegos permanecían desatendidos, que aparece la profecía predictiva y es revelado el futuro. Una ilustración familiar y clara de este principio es la gran predicción «Emanuel» de Isaías 7:10-14).

Bajo la amenaza de una inminente invasión en Judá por Samaria, en coalición con Siria, Isaías procuró hacer volver al rey Acaz a la fe de Jehová. Se le dio el privilegio sin precedentes de poder escoger una señal que sirviera como apoyo a su fe. El rey rehusó incluso pedir cosa alguna. Y entonces vino la ráfaga de profecía predictiva, el «signo» supremo, no al rey apóstata, sino a la «casa de David»á el «signo» que hizo de cada doncella descendiente de David a partir de entonces, la posible madre del Mesías, porque el «signo» no lleva indicación en cuanto al tiempo.

Y estos hombres, levantados de esta forma por Dios, dejaron a las generaciones sucesivas un cuerpo de escritos no sobrepasado ni aun igualado en la literatura universal, sagrada o secular, en sus grandes cualidades de simplicidad, franqueza y claridad, así como imágenes sorprendentes, invectiva sarcástica y

elocuencia esplendorosa. Fueron declarados genuinos por Jesucristo y por los escritores inspirados del Nuevo Testamento; citados, y sus profecías declaradas en muchos aspectos como realizadas, pero habiendo una mayor parte de las mismas que todavía no se ha cumplido; llamados por el apóstol Pedro «una luz que brilla en un lugar oscuro» a la cual nosotros, los de esta edad, «haríamos bien» en «prestar atención». Hay todavía un descuido de los escritos proféticos que no tiene paralelo en nuestra actitud hacia ningún otro cuerpo de literatura seria y grande.

Es imposible excederse al hacer énfasis en la pérdida de la espirtualidad, la comprensión de Dios en sí mismo y en sus propósitos inmutables hacia la tierra y la raza humana, que resulta de este necio descuido de casi una cuarta parte de la Biblia en cuanto al volumen.

Los factores fundamentales de la vida humana permanecen sin cambio y los cambios aparentes son superficiales. El sueño dorado del optimismo moderno ha sido que la civilización, la que hasta casi ayer ha venido llamándose cristiana, ha modificado la naturaleza humana primitiva. La presente guerra mundial nos ha desengañado del todo. El hombre no ha cambiado, ni ha cambiado Dios. Lo que Dios pensaba en tiempo de los profetas, sigue pensándolo hoy. Completamente aparte del elemento predictivo en la profecía, pues, la revelación por medio de los profetas de la mente de Dios y de la naturaleza y motivos divinos tiene un valor permanente y del todo inestimable.

Sin embargo son millares y millares los cristianos que permanecen en una ignorancia voluntaria de este gran cuerpo de verdad, y más sorprendente aún, incluso hay ministros de la palabra en las mismas condiciones.

Decir esto de predicadores sería totalmente increí-

ble si no fuera patente de modo tan claro. Porque no ha aparecido ningún predicador mayor entre los hombres que los profetas hebreos. Los escritos proféticos son. en su mayor parte, sermones. Es asombroso que los maestros de homilética no saquen provecho para su instrución de estos discursos magistrales. Sin duda puede pensarse que valdría la pena el poner a los estudiantes a trabajar en un análisis reverente de sermones tales como el de Jeremías. «En la puerta de la casa del Rey», o el primer sermón de Isaías al Israel apóstata, o el sermón de Jeremías sobre el «pacto quebrantado». ¿Hay algo en la literatura de sermones más digno de estudio que el discurso de Isaías sobre «la mano extendida»? ¿No sería altamente provechoso el que los predicadores dedicaran algún tiempo al estudio del arte que hay en el sermón de Isaías sobre «los seis ayes»? ¿Hay algo para enseñar la manera de introducir un sermón mejor que el estudiar la forma en que Isaías introduce el tema de este sermón?

Todavía más sorprendente es que el elemento predictivo en la profecía en cuanto a la parte de la misma que permanece sin cumplir estimule tan poco interés en aquellos a quienes Dios quisiera hacer entrar en su confianza. Porque la profecía, aunque se niega a dar satisfacción alguna a la mera curiosidad, sin embargo, nos da un bosquejo claro y amplio del programa del futuro de la tierra y de la vida humana, así como el destino de la misma.

No puede haber duda que los escritos proféticos han quedado malparados en casa de sus propios amigos. Los hombres reflexivos y cuerdos han vuelto la espalda con asco o cansancio a las interpretaciones desorbitadas de personas con buenas intenciones, pero por completo ignorantes. Estos intérpretes, sin tino, declaran como una garantía del cumplimiento de una profecía la más remota analogía entre ella y algún suceso en la historia en cualquier época. La llamada escuela de interpretación «histórica» del Apocalipsis, que halla en sucesos históricos dados el cumplimiento de predicciones explícitas que no tienen ninguna semejanza real con el pretendido cumplimiento, puede servir como ilustración de esta interpretación dogmática, pero totalmente imaginaria.

Pero el mal de la llamada «espiritualización» de las profecías, que llegó al protestantismo desde Roma, es aún una mayor causa de descuido de estos escritos. Esta interpretación que halla en la Iglesia cristiana el cumplimiento de las numerosas y explícitas predicciones que los mismos profetas declararon que se referían a Israel y al reino pactado con David y su descendencia, explica, de modo suficiente, la actitud común de descuido hacia la profecía. Porque no hay otros escritos, sean divinos o humanos, que sean interpretados de esta forma. Nadie, ni aun propone, el interpretar un estatuto o un contrato o una carta amistosa por un método tan grotesco, y la consecuencia del intento serio de aplicar este método a la interpretación profética da por resultado, por una ley de la mente humana, una confusión y cansancio irreparables.

Acerquémonos a estos escritos como a todos los otros escritos; prestemos a estos grandes predicadores suficiente respeto para suponer que fueron capaces de usar el lenguaje en su sentido ordinario, como otros predicadores y escritores; sigamos la gran regla de Pedro para interpretar cada predicción en armonía con todas las demás predicciones sobre este tema dado (2.ª Pedro 1:19-21); traigamos al estudio un deseo reverente de conocer, no meramente lo que ha de pasar, sino la mentalidad de Dios sobre la vida, y hallaremos en la profecía una mina repleta de los más ricos tesoros espirituales.

3

El mensaje ético

Israel falló al no cumplir el propósito para el cual había sido separado. Debido a este fracaso fueron llamados los profetas para entregar su mensaje ético. Haremos bien en tener una visión clara del propósito para el cual Israel había sido separado.

Desde la creación del hombre a la llamada de Abraham la raza es tratada como una unidad. Las futuras distinciones raciales están indicadas en la declaración referente a los hijos de Noé (Génesis 9:25-27), pero antes de la llamada a Abraham los pactos de Dios condicionando la vida humana habían tenido una aplicación universal, así como también lo habían tenido los requerimientos divinos. Los primeros once capítulos del Génesis nos dan cuenta de tres pruebas distintas de la humanidad bajo tres aspectos.

El pacto edénico (Génesis 2:15-17) condicionaba la vida del hombre en la inocencia, el hombre no caído. Hecho señor de la creación, colocado en un ambiente perfecto, habiendo recibido absoluta libertad en el uso de todas las cosas necesarias para su pleno desarrollo y una ocupación que le evitaba la maldición del ocio, tenía sólo una prohibición, y sólo una, que limitaba su libertad, no debía conocer el mal. De modo voluntario

y deliberado violó esta prohibición (1.ª Timoteo 2:14), con consecuencias desastrosas para la raza de la cual era padre y cabeza (Romanos 5:12; Salmo 14:1, 2; 51:5; 1.ª Corintios 2:14; 15:22).

El pacto adámico (Génesis 3:14-19) condicionaba la vida sobre la tierra de una raza caída. La muerte física es el fin de la vida. El trabajo se asigna como una condición para el mantenimiento de la vida. Pero sobre este sombrío resultado de la caída del hombre brilla la gran promesa evangélica del que quebrantará a Satán, la descendencia de la mujer. El conocimiento del bien y el mal despierta la conciencia, y la prueba moral de la raza, bajo la conciencia, era el requerimiento de que el hombre no debía hacer el mal, sino el bien. El resultado después de 2.000 años fue dado en la declaración divina: «Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal» (Génesis 6:5). El juicio del diluvio dio fin, no a la conciencia, sino a la prueba del hombre bajo la conciencia. Este pacto adámico, la prueba del hombre bajo la conciencia, tiene todavía una obligación racial sobre aquellos que no conocen ni la ley ni el Evangelio, pero trae, como en los días del diluvio, sólo condenación (Romanos 2:12 y siguientes).

El pacto de Noé (Génesis 9:5, 6) establece el principio del gobierno humano, el gobierno del hombre sobre el hombre. Es todavía el estatuto fundacional de todo gobierno civil, porque el derecho de tomar la vida humana judicialmente es la función más alta del gobierno. Es evidente que la responsabilidad era el gobernar con justicia, y el resultado fue Babel y el juicio de la confusión de lenguas.

Con la dispersión de los supervivientes del diluvio y su posteridad empezó la división de la humanidad en tribus y, finalmente, en naciones. Éstas, con la exclusiva excepción de la familia de Sem, que había sido separada para una relación especial con Dios en el pacto de Noé (Génesis 9:26, 27), pronto se hicieron idólatras y perdieron el conocimiento del verdadero Dios. En Romanos 1:21-23 se siguen los pasos de esta apostasía total y se declara la causa: «Y como ellos no tuvieron a bien el reconocer a Dios, Dios les entregó a una mente reprobada para hacer cosas impropias» (Romanos 1:28).

Hasta aquí, con una sola excepción (la confusión de lenguas, Génesis 11:6-9), la solidaridad de la raza adámica ha sido preservada. Pero ahora Dios empieza a actuar sobre la promesa especial a Sem: «Engrandezca Dios a Jafet y habite en las tiendas de Sem» (Génesis 9:277. Uno de linaje semítico, Abraham, es llamado de Ur, de los caldeos, para que en él y por medio de él y de su simiente, puedan ser realizados los grandes propósitos redentores de Dios hacia toda la raza; en Abraham y en el pacto abrahámico (Génesis 12:1-3; 13:15, 16; 15:18 y precedentes) fue confirmado el pacto a la nación que luego pasó a ser llamada Israel, según el nieto de Abraham, y fue puesta aparte para una obra especial en nombre de Jehová, para toda la humanidad, como objetivo. Esta amplitud del intento divino es una respuesta suficiente a las acusaciones de parcialidad en la elección de Israel que algunos presentan con ignorancia (Génesis 1:3; Isaías 2:2-4; 5:26; 9:1, 2; Jeremías 16:19; Joel 3:9, 10).

La nación descendiente de Abraham fue escogida para que fuera:

1. Un testigo a la unidad de Dios en medio de la idolatría universal (Deuteronomio 6:4; Isaías 43:10, 11).
2. Para ilustrar a las naciones la bienaventuranza del pueblo cuyo Dios es Jehová (Deuteronomio 33:36-39).
3. Para recibir y transmitir las revelaciones divinas (Romanos 3:1, 2; Deuteronomio 4:5, 6 y siguientes).

4. Para traer el Mesías; la descendencia de la mujer (Génesis 3:15); la simiente de Abraham (Génesis 21:3; Mateo 1:1; Gálatas 3:16; el hijo de David (Mateo 1:1); el Hijo de Dios (Lucas 1:35), y el Hijo del Hombre (Mateo 16:13).

En la primera y segunda de estas encomiendas a la nación escogida hubo un fallo evidente. Una y otra vez el pueblo cayó en la idolatría, con lo que anularon su testimonio a la unidad y espiritualidad de Dios. La conducta inmoral e injusta tan común en Israel hizo pedazos del testimonio nacional a la bienaventuranza del pueblo cuyo Dios es Jehová. Otra falta grave se manifestó en la tendencia constante a no hacer caso de la separación ordenada a la nación como súbditos de su Rey invisible, Jehová. Porque Israel era una teocracia. Puesta entre potencias gentiles más poderosas que ellos y que aumentaban constantemente en poder, la legislación divina sobre la cual estaba organizada la comunidad de Israel, no hacía provisión ni para ejército ni para fortalezas. Y en tanto que fueran leales a Jehová y permanecieran en el espíritu de obediencia, ningún pie hostil cruzaría las fronteras de Palestina. Un poder invisible guardaría la tierra de Emanuel.

Sus fallos a tal respecto constituyeron la base de la controversia de Jehová contra Israel, una controversia en la cual los profetas eran los portavoces del Rey de Israel. Esta controversia, de la que sólo puedo presentar un breve resumen, sigue las líneas del gran pasaje de avisos de Deuteronomio 28:15-19 y siguientes; 29:24-28).

Es importante recordar que cuando apareció el mayor de los profetas escritores, ya habían caído los castigos preliminares y admonitorios sobre la nación desobediente, predichos en el pasaje deuteronómico. Ya en tiempo de Elías había sido enviada la sequía devastadora como aviso (Deuteronomio 28:23, 24; 1.ª Reyes 17:1), y la tierra había sido invadida (Deuteronomio 28:25; 1.ª Reyes 14:25, 26). Quedaban sólo las alternativas del arrepentimiento de la nación o la expulsión de la tierra que había sido predicha. Y ésta era la nota urgente de aviso del testimonio profético. Jehová no quería ser ofendido en su santidad por la continuidad de su representante entre las naciones gentiles, un pueblo que en ningún sentido era mejor que ellos.

Israel había fallado a Jehová, pero hay que recordar que Israel fue rechazado y enviado a la cautividad a causa del pecado. Jehová basó su condenación de la nación, no sobre puntos estrechos, no un mero fallo tribal. «Pusiste sobre mí la carga de tus pecados, me fatigaste con tus maldades» (Isaías 43:24). «Vuestras iniquidades han hecho separación entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no escucharos» (Isaías 59:2). «Todo Israel traspasó tu ley apartándose para no obedecer tu voz, por lo cual ha caído sobre nosotros la maldición y el juramento que está escrito en la ley de Moisés, siervo de Dios, porque contra él pecamos (Daniel 9:11).

No se puede hacer distinción a este respecto entre los mensajes éticos de los profetas que profetizaron en el reino del norte y los que fueron enviados a Judá. El amplio terreno de condenación es el mismo en ambos casos. Tanto Efraín como Judá habían pecado.

Pero en estos mensajes de censura hay una revelación de la mentalidad de Dios con respecto a la conducta humana que reviste a los escritos proféticos de un interés intensamente vital y permanente.

La palabra central de los profetas es la justicia. Israel era un pueblo bajo ley; esto es, un pueblo de quien Dios exigía justicia; tal como bajo la gracia Él concede justicia por medio de la fe (Romanos 3:19-22).

Pero Israel hacía que la justicia consistiera en una religión formal en vez de una fe evidenciada por la

conducta recta. Es una equivocación que están haciendo hoy día millones de personas que siguen una religión formal. La negativa de Dios a aceptar esta substitución es expresada por sus profetas con un énfasis que contiene un elemento de desprecio justiciero.

Hay que recordar que en tanto que Israel reemplazaba la justicia con un formalismo religioso ésta era, con todo, la religión que les fue dada en Sinaí. Estaba muy lejos todavía el día en que el fariseo subiría al templo para orar «consigo mismo» (Lucas 18:11) y jactarse de sus ayunos y diezmos. Todo esto vino más tarde. La religión que Jehová no quería aceptar como justicia se ajustaba de modo escrupuloso al Levítico.

El reproche de Jehová no era que sus altares habían sido olvidados, sino que los sacrificios eran hechos sin fe y ofrecidos por manos impuras. «¿Para qué me sirve, dice Jehová— la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes ni de ovejas ni de machos cabríos... No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; novilunios y sábados, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir, son iniquidad vuestras fiestas solemnes» (Isaías 1:12-14).

Frente a la justicia ritual, los profetas, en nombre de Jehová, insistían en una justicia de conducta. Pero esta insistencia, aunque absoluta y sin mitigación, era presentada en una forma de expresión que muestra lo tiernamente que Jehová amaba a su pueblo. Una hermosa ilustración, tanto de la insistencia como de la ternura, es la hermosa parábola de la Viña de Jehová (Isaías 5:7 y precedentes).

Las palabras de Miqueas (6:8) pueden ser consideradas como un sumario de la justicia exigida en nombre de Jehová por los profetas: «Oh, hombre, te ha sido declarado lo que es bueno y qué pide Jehová de ti.»

4

El Mesías

Según los anales bíblicos la controversia de Jehová con su pueblo excede, con mucho, el espacio dedicado a la predicción, por lo que se refiere al ministerio de los profetas del Antiguo Testamento. Los grandes pasajes predictivos, en realidad, surgen de la condición de Israel en el tiempo en que aparecen los profetas, y son la instrucción y el consuelo de la nación en vista de las inminentes cautividades y dispersión. Hay pasajes típicos en Isaías 7:10-14 en que la negativa del malvado rey Acaz de pedir a Dios una prueba que podría haber restaurado su fe trajo la gran predicción mesiánica del Hijo de la virgen; los capítulos 60 y 61 del mismo libro, en que hay predicciones de los juicios disciplinarios que se avecinan, van seguidos por una maravillosa garantía de la perpetuidad de los pactos divinos con Israel (por ejemplo 59:20, 21).

Los grandes temas de la profecía predictiva son la venida del Mesías; la futura restauración de Israel a su tierra, la conversión nacional (Jeremías 31:6-12); la exaltación de la nación para ser la primera de las naciones y la bienaventuranza de toda la tierra en el reinado del Mesías. Luego, saltando por encima de todos los «tiempos» y «edades» intermedias la profecía pre-

dictiva va al fin de la edad presente y da el detalle de todo este día de Jehová «grande y terrible»; el levantamiento del hombre de pecado; la gran tribulación, la segunda venida de Cristo; el recogimiento de toda la raza elegida, Israel; el juicio de las naciones gentiles y el establecimiento del reino predicho y descrito por los profetas del Antiguo Testamento. La edad presente de la Iglesia, que llena un paréntesis en el orden de sucesos predicho en el Antiguo Testamento, estaba velada para los profetas del Antiguo Testamento (Efesios 3:1-11).

El mensaje que trasciende en importancia a todos los demás es el mesiánico, no sólo porque toda salvación había de ser obra realizada por Cristo, sino también porque todos los otros sucesos predichos tienen que ver con sus advenimientos y su autoridad. Es Cristo el que recoge a Israel (Oseas 2:14-17); Cristo el que destruye a los enemigos de Israel en Armagedón (Apocalipsis 19:11 y siguientes); Cristo el que reina sobre la tierra durante la edad del reino (Isaías 9:6, 7; Lucas 1:33); el Hijo de David, el Hijo de Dios, el Hijo del Hombre, el Hijo de Abraham.

Los libros proféticos están ordenados en nuestras Biblias en orden de la plenitud del tratamiento de los temas proféticos y no en su orden cronológico. Esto ha dado lugar a la división entre profetas mayores y menores; una división basada sobre el volumen de sus respectivos escritos. La mejor división se basa sobre las cautividades de Israel y es en profetas antes del exilio, profetas durante el exilio y profetas del remanente restaurado (Hageo, Zacarías, Malaquías). Tomando a los profetas en este orden el desarrollo de la revelación mesiánica es progresivo y armónico. Hay que recordar que la profecía mesiánica no empieza con los escritores profetas hebreos. Éstos añaden detalle al cuerpo de revelación referente a uno que había de venir, en tipo y testimonio, que había ido creciendo

desde la misma creación de Adán, es decir, desde la creación material, porque el sol es un tipo de Él. Y para usar una figura los profetas sólo añadieron y completaron un retrato del Mesías venidero, las primeras líneas del cual y muchos toques añadidos ya se hallaban en el lienzo.

El Sol de justicia (Malaquías 4:2(; el segundo Hombre (1.ª Corintios 15:47); el último Adán (1.ª Corintios 15:45); la descendencia de la mujer (Génesis 3:15; Gálatas 4:4); el cordero de Abel (Génesis 4:4); el Hijo de Abraham (Génesis 12:3); el sacerdote según el orden de Melquisedec (Génesis 14:18; Hebreos 7:11 y precedentes); la escalera de Jacob (Génesis 28:12, 13; Juan 1:51); el libertador como Moisés (Hechos 7:35); el profeta como Moisés (Hechos 7:37); el capitán victorioso como Josué; el sacerdote a la manera de Aarón, pero según el orden de Melquisedec; el propiciatorio, el pan de los azimos, el candelero, el altar del incienso de oro y todo otro objeto del tabernáculo; el Hijo de Abraham, y así, de la misma manera, los tipos habían estado refiriéndose a la historia del Mesías. Y Baalam había visto la estrella de Jacob, y Jacob había visto a Silo, y David había visto a su gran Hijo, y Job había declarado su fe que su redentor estaría en el último día sobre la tierra. Todo esto y mucho más había sido pintado en el retrato antes que los profetas escritores tomaran en su mano el pincel. Pero todo lo que era vago en las intimaciones hechas durante las edades precedentes respecto a uno que había de venir se hace definido y preciso con los profetas. La precisión del perfil es una característica profética. El Mesías había de ser del linaje de David (Isaías 7:13; 9:7; Jeremías 23:5, 6; 33:15-17; Mateo 1:1; Lucas 1:32). Ha de nacer en la ciudad de David, Belén (Miqueas 5:2) de una madre virgen (Isaías 7:13, 14; Lucas 1:34, 35). Y, con todo, su nombre, que es Admirable, Consejero, Dios fuerte,

Padre eterno, Príncipe de paz (Isaías 9:6). Todavía es más maravilloso; éste que lleva un nombre tan poderoso ha de ser uno que se ha de sentar «sobre el trono de David y sobre su reino para restaurarlo y consolidarlo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre» (Isaías 9:7).

Estos detalles en el retrato del Cristo añadidos por los profetas excluyen toda posibilidad de impostura. Es posible que alguno diga: «Yo soy Cristo», pero no es posible que nadie pueda arreglárselas antes de su nacimiento para nacer en Belén de Judea, de una madre virgen, del linaje del rey David. Y es notable que los fariseos y los gobernadores de los judíos, que odiaban a Cristo con todo el rencor del prejuicio religioso y le acusaron falsamente de muchas cosas, nunca pusieron en duda que alguno de los detalles proféticos faltaba en el cumplimiento de estas grandes predicciones en su persona, excepto al principio, cuando supusieron que Jesús era galileo.

Al Mesías le esperaban dos clases de experiencias sobre la tierra, sufrimiento y gloria (Lucas 24:25-27). Ambos aspectos de su manifestación fueron vistos y predichos por los profetas. Pero la manera en que habían de estar relacionadas estas experiencias entre sí, esto no lo vieron, porque la Iglesia del Nuevo Testamento no fue vista en la visión de los profetas del Antiguo Testamento (Efesios 3:1-10). Sabemos también por un apóstol inspirado (1.ª Pedro 1:10, 11), que los profetas estaban perplejos por esta aparente contradicción entre las dos revelaciones del Mesías. Porque, ¿cómo podía ser el Cristo un varón de dolores y experimentado en quebrantos, despreciado y rechazado por los hombres y, al mismo tiempo, un rey que reinaba como heredero del trono de David en la plenitud de su poder y gloria divinos? ¿Cómo podía reconciliarse Isaías 63 con Isaías 11 y 66? Y esta perplejidad natural

de los profetas fue aquietada, no contestada. Entonces fue revelado que las cosas de las que daban testimonio tendrían un cumplimitno distante. «A los cuales fue revelado que no administraban para sí mismos, sino para nosotros las cosas que ahora os fueron anunciadas» (Pedro 1:11).

Esta contradicción aparente, completamente reconciliada cuando se tienen a la vista los dos advenimientos, el advenimiento para sufrir y el advenimiento para reinar, ilustra el hecho de que gran parte de la alta crítica es debida a ignorancia de la profecía. Un ejemplo de esto es la hipótesis de los dos Isaías, esto es, la teoría de la alta crítica de que el libro de Isaías, tal como lo tenemos ahora, fue escrito por dos autores distintos, uno antes de la cautividad, el otro setenta años más tarde. Como sabe todo estudioso de la profecía los primeros 39 capítulos de Isaías tienen que ver con los pecados de Israel y las cautividades inminentes. Empezando en el capítulo 40 la visión del profeta da un salto al día en que Israel es restaurado de una dispersión mundial y ocurre su conversión y establecimiento en Palestina para no ser movido más de allí. Es la visión del reino de Isaías. ¿Qué tiene de extraño que su estilo pase de severo a triunfal? Los mensajes de Washington al Congreso cuando era presidente de una nación libre, difieren en estilo de su carta al Congreso desde Valley Forge, pero ningún miembro de la alta crítica inferiría la existencia de dos Washingtons a partir de esto.

No fue hasta que el Mesías hubo aparecido y sido rechazado por los judíos que hubo una explicación adecuada a la situación paradójica en que el testimonio profético había quedado, según la cual el poderoso heredero de David sería también el hombre de la cruz del Salmo 22, el portador de la iniquidad de Isaías 53. Esta explicación viene de los labios del mismo Mesías.

En las parábolas referidas en Mateo 13 hay la visión anticipada de una edad intermedia entre los sufrimientos y la gloria, el largo período en que ahora vivimos. Durante esta edad se han de cumplir ciertos «misterios» del reino que no habían sido revelados a los profetas del Antiguo Testamento (Mateo 13:17). Una vez éstos realizados las predicciones del Antiguo Testamento pasan otra vez a primer palno y el Mesías es revelado en su gloria en la edad del reino que sigue a los «misterios». Estas cosas aparecerán claramente cuando lleguemos a los grandes mensajes de los profetas del Nuevo Testamento.

El testimonio profético referente a la humillación y sufrimiento del Mesías lo expresan de modo especial David e Isaías. El Salmo 22 es un cuadro vívido de la muerte por crucifixión. Los huesos descoyuntados (versículo 14), la profusa respiración debida al intenso sufrimiento (versículo 14), la fuerza agotada y la sed intensa (versículo 15), las manos y los pies horadados (versículo 16), todo ello forma parte de la muerte por crucifixión. El grito desolado «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» pronunciado por nuestro Señor desde la cruz procede de este Salmo. Si no hubiera otra prueba de la inspiración profética este salmo sería suficiente para darla.

Otra predicción de los sufrimientos del Mesías es el capítulo tan conocido de Isaías, número 53. Como el Salmo 22 esta gran visión también termina con una nota de triunfo y victoria. Esta víctima voluntaria verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho (Versículo 11); tal como en el Salmo de la crucifixión el grito de la misma boca del león es: «Anunciaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la congregación te alabaré» (versículo 22), y triunfo en la declaración: «Porque de Jehová es el reino y Él regirá las naciones» (versículo 28).

Se puede añadir que hay un claro testimonio profético en el significado de los sufrimientos del Mesías. «Herido fue por nuestras transgresiones, molido por nuestros pecados.» Ni tampoco dejan los profetas lugar a dudas para las modernas diluciones de la doctrina. Se se dice, como hacen algunos, que el verdadero significado es: «Sufrió a causa de nuestras transgresiones», la respuesta del profeta es: «Jehová cargó sobre Él el pecado de todos nosotros.» Y el testimonio profético es el mismo que el apostólico: «Quién llevó Él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero para que nosotros, muriendo a los pecados, vivamos para la justicia y por cuya herida fuistéis sanados» (1.ª Pedro 2:24).

Con mucho, la mayor parte del testimonio profético sobre el que había de venir tiene que ver con su manifestación en gloria en la tierra durante la edad del reino. Su gloria celestial desde antes de la fundación de la tierra (Juan 17:5) no es el tema de los profetas, aunque su deidad es plenamente reconocida (por ejemplo, Isaías 9:6, 7). Su gloria es la del Dios encarnado, reinando en plena manifestación de su gloria divina sobre el reino del pacto hecho con David (Isaías 9:6, 7; 11:1-12; Jeremías 23:5, 6; 33;14-17; Amós 9:11; Miqueas 5:2; Zacarías 14:9).

A Zacarías se le da la revelación de los dos advenimientos del Mesías, su advenimiento para sufrir y su advenimiento para reinar.

«Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí que tu rey viene a ti, justo y victorioso, humilde y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino, hijo de asna» (Zacarías 9:9). Es imposible «espiritualizar» y con ello diluir el significado literal de esta profecía, porque se cumplió de modo literal absoluto en el primer advenimiento (Mateo 21:11,con relatos paralelos en Marcos 11:1-10; Lucas 19:29-38).

Pero ¡qué marcado es el contraste con la visión de Zacarías del segundo advenimiento. Introduce el día grande y terrible» (anunciado también en Malaquías 4:1 y siguientes), y los detalles hablan no de la humildad y mansedumbre, sino de poder irresistible.

«Y se posarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está enfrente de Jerusalén, al Oriente, y el monte de los Olivos se partirá por en medio, hacia el Oriente y hacia el Occidente, haciendo un valle muy grande, y la mitad del monte se apartará hacia el Norte, y la otra mitad hacia el Sur... y vendrá Jehová, mi Dios y con Él todos los santos... Y todos los que sobrevivan de las naciones que vinieron contra Jerusalén subirán de año en año para adorar al rey, a Jehová de los ejércitos» (Zacarías 14:4, 5, 9, 16).

Amós también testifica de la exaltación del Mesías en su segundo advenimiento: «En aquel día yo levantaré el tabernáculo caído de David y cerraré sus portillos y levantaré sus ruinas y lo reedificaré como en el tiempo pasado» (Amós 9:11). Y aquí, como en la profecía de Zacarías, no hay posibilidad de dar a las palabras una interpretación figurativa, pues el pasaje es citado en el Nuevo Testamento y aplicado al retorno del Señor (Hechos 15:13-18).

El mensaje mesiánico de los profetas, sin duda su mayor mensaje, puede ser resumido así: Previeron y profetizaron la venida de uno que había de ser Hijo de Dios e Hijo de David (Isaías 7:13, 14; 9:6, 7). En su primer advenimiento, nacido en la ciudad de David, Belén, viniendo «manso y humilde», rechazado por los príncipes de su nación, cumplió el pacto adámico de la redención (Génesis 12:3; Gálatas 3:15), al sufrir la cruz, habiendo sido herido por nuestras transgresiones, un sacrificio expiatorio substitutivo en favor nuestro.

En su segundo advenimiento apareció en gloria divina (Zacarías 14:4; Mateo 24:27, 30). Recoge y convierte al Israel disperso (Ezequiel 20:35-44), y sobre el trono de David, con Jerusalén como capital, reina sobre la tierra en el milenio (Isaías 9:7; 11:1-12; 2:1-4; Mateo 25:31).

El Nuevo Testamento lleva la visión previa del reinado del Mesías a su consumación gloriosa en la restauración de la humanidad y la tierra al reino de Dios y Padre (1.ª Corintios 15:24-28). El reino del Hijo de Dios no termina, porque pasa a ser uno con el reino universal de Dios.

5

La visión del reino

Hay dos formas de gobierno divino sobre la tierra que hay que distinguir en la Escritura, el reino de los cielos (o del cielo) y el reino de Dios. El primero es el reino del Mesías; el reino del Hijo de David (2.ª Samuel 7:10-17; Salmo 89:3, 4; 20:36; Mateo 1:1; Lucas 1:31 a 33; Hechos 15:13-17). Su esfera es la tierra (Isaías 11:9; Jeremías 23:5-8; Mateo 6:10). El reino de Dios es el gran reino que lo incluye todo y puede ser definido como el gobierno de Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo) sobre el universo, la esfera de la naturaleza y, especialmente, sobre todas las inteligencias morales: angélicas y humanas.

El reino de Dios «no viene con advertencia» (Lucas 17:20), sino que es principalmente interno y espiritual (Romanos 14:17), en tanto que el reino del cielo es orgánico y ha de ser manifestado en gloria en la tierra (Mateo 25:31; 19:28). Como el reino del cielo es la esfera terrenal del reino de Dios (Mateo 6:10) los dos tienen mucho en común, y por ello se presentan muchas parábolas sobre el reino del cielo en Mateo y sobre el reino de Dios en Marcos y Lucas. Son las omisiones las que tienen significado. En el reino de Dios no hay ni

cizaña (Mateo 13:24-30, 36-43), ni peces malos (Mateo 13:47-50). Por otra parte los ciudadanos del reino de Dios no son perfeccionados hasta que «le vean como Él es» (1.ª Juan 3:2), y por tanto la parábola de la levadura es aplicada a los dos reinos (Mateo 13:33; Lucas 13:20, 21). No puede haber cizaña ni peces malos en el reino de Dios, en tanto que se hallan en el reino del cielo en esta forma presente o misterio. De entre las confusiones que suelen hacerse en la interpretación bíblica de cosas que en sí difieren no hay ninguna que haya causado tantos desastres como el hacer que sólo tengan un significado, o sea, que se hayan identificado todos los pasajes en los que se habla del «reino de Dios», del «reino del cielo» y de la «iglesia».

Hemos de recordar también que «el reino del cielo» se usa tanto del reinado milenial del Mesías, que ha de ser introducido por su venida personal, como de la esfera de la profesión cristiana tal como se describe en las parábolas de Mateo 13.

E incluso en el reino milenial sobre la tierra, cuando Cristo esté reinando con vara de hierro, no todos los hombres serán sus súbditos voluntarios. No puede haber en aquella edad ningún incrédulo en la tierra, porque Cristo será manifestado en gloria y la incredulidad será, por tanto, imposible. Pero habrá quienes, aborreciendo a Dios, obedecerán de mala gana a Cristo, el Rey. Aquellos a que se refiere Apocalipsis 20:7-9 son simplemente personas que aborrecen a Dios. Han cedido hasta obedecer exteriormente, porque la desobediencia entonces será juzgada instantáneamente.

La tierra puede ser considerada como una provincia que se ha rebelado en el gran reino de Dios y el reino del cielo es el medio designado para la restauración de la autoridad divina en la tierra. Este propósito ha sido definido de modo claro: «Después el fin, cuando Cristo entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya

suprimido todo principado, toda autoridad y potencia. Porque es preciso que Él reine hasta que se haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies... Y cuando todas las cosas le estén sometidas, entonces también el Hijo mismo se someterá al que le sometió a Él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos» (1.ª Corintios 15:24, 25, 28).

Éste es el fin o término definitivo hacia el cual se dirige toda la verdad del reino. El dominio sobre la creación terrenal perdido por el «primer hombre Adán» es restaurado en el último Adán y por medio de él.

El gran tema de los profetas del Antiguo Testamento es el reino de Cristo, el Hijo de David. Excepto los mensajes evangélicos de Isaías (Isaías 53) y Zacarías (Zacarías 3:8; 4:6; 12:10; 13:1), la visión profética del Mesías es, generalmente, la de un gran Rey. El Rey y su reino terrenal llenan la escena. El Mesías, aunque «Emanuel», Dios con nosotros, nace también de una virgen de la «casa de David» (Isaías 7:13, 14).

En Isaías 9:6 y 7 hay una declaración referente al que había de venir, que es tan explícita y tan inclusiva de su deidad, de su humanidad por medio de un nacimiento natural y de su majestad como rey, que excluye todo intento que pueda hacerse de interpretarlo en el llamado sentido «espiritual» o alegórico.

«Porque un niño ha nacido, un hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre: Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite sobre el trono de David y sobre su reino para restaurarlo y consolidarlo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos realizará esto.»

La expresión «Trono de David» es tan estrictamente histórica y geográfica como «el trono de los césares».

Este gran pasaje es también típico de toda la enseñanza profética sobre el Mesías y su reino en que, si bien afirma tanto la divinidad como la humanidad del Rey, enlaza su reinado con la tierra, con Israel y con el pacto davídico. Lo que se añade en otras partes es detalle. Pero es detalle de tan gran interés y tan esencial para toda visión abarcativa del reino de los cielos que debe ser presentado aquí en resumen.

El pacto davídico (2.ª Samuel 7:16, 17 y precedentes) que es la declaración fundacional de la verdad del reino, es específica en cinco cosas: David ha de tener una «casa», esto es, una posteridad; un «trono» es el símbolo de la autoridad real; un «reino» o esfera de gobierno y éste en perpetuidad, y todo esto con una condición: la desobediencia en la familia davídica será visitada con castigo, pero no dará lugar a la anulación del pacto (Salmo 89:30-36). El Salmo ochenta y nueve es la confirmación divina del pacto davídico por el juramento de Jehová.

Es de gran interés y de trascendental importancia para la interpretación correcta del testimonio profético el ver que el pacto davídico, como condicionante del reino predicho por ellos, entra en el Nuevo Testamento sin cambio. El anuncio angélico a María, la virgen de la casa de David, designada para ser madre del «niño» (Isaías 9:5) es una confirmación explícita de este pacto.

«Mira, concebirás en tu seno y darás a luz un hijo y llamarás su nombre Jesús. Éste será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de su padre, David, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin» (Lucas 1:31-37).

El capítulo 11 de Isaías es uno de los pasajes descriptivos en que se recoge una especie de sumario de todo el testimonio profético del reino. Sigue una descripción (Isaías 10:20-34) de los sucesos que preceden

de modo inmediato la venida en gloria de la vara del tronco de Isay. Estos sucesos son descritos de modo más particular por Daniel en su capítulo séptimo y en Apocalipsis 19:11-21. El remanente de Israel se torna al Señor; sigue la batalla de Armagedón y entonces el reino es establecido.

En la descripción del reino, de Isaías 11, nótese que: el rey es del linaje de David (versículo 1). Su poder es la séptuple plenitud del Espíritu (versículo 2);la palabra clave del reino es la justicia (versículo 3-5; el resultado del reino de la justicia es paz (versículo 6-9), porque los dos están relacionados eternamente como causa y efecto (Isaías 32:17); la extensión del reino es «la tierra» (versículo 9); Israel es restaurado a la tierra (versículo 10-12); la nación dividida pasa a ser una (versículo 13).

Y éste es también el orden de sucesos en las predicciones de Jeremías referentes al reino: «Y lo mismo recogeré el remanente de mis ovejas de todas las tierras adonde las eché y las haré volver a sus moradas, y crecerán y se multiplicarán... y no temerán más ni se amedrentarán ni serán menoscabadas, dice Jehová. He aquí vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David un renuevo justo y reinará como Rey y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá e Israel habitará confiado, y éste será su nombre con el cual le llamaron: Jehová es nuestra justicia» (Jeremías 23:3-6).

Los versículos 7 y 8 describen la recogida de la nación anunciada en el versículo 3. Y la restauración de Israel a la tierra en relación con el establecimiento del reino del Mesías es un tema grande y constante de los profetas (Isaías 49:8-13; 52:1-12; Jeremías 31:7-25; Ezequiel 36:16-38).

Es evidente que ninguno de estos sucesos tuvo lugar durante el primer advenimiento de Cristo; su veni-

da para sufrir. Entonces el Israel disperso no fue recogido; la nación que estaba en Palestina se negó a reconocer a Cristo como el rey prometido; rehusaron también, de modo enfático, darle el nombre «nuestra justicia» (Romanos 10:3), ni tampoco ha habitado israel confiado en su tierra.

El mismo orden de sucesos se repite de nuevo en Jeremías 33:1-7, las palabras que el Señor dio al profeta para consolarle y darle ánimo en su encarcelamiento; el Rey establce su reino e Israel es reunido.

Ezequiel una y otra vez repitió el orden de sucesos que acompañan el establecimiento del reino (Ezequiel 28:25, 26; 34:11-31; 36:1-12, 24-38; 37:1-28; 39:25-29).

El libro de Daniel tiene un mensaje claro que cubre el largo período del gobierno mundial de los gentiles. Ahora es parte de la historia el que, desde el tiempo de Nabucodonosor, rey de Babilonia el 610 a. C., hasta el momento presente, el gobierno del mundo ha estado en manos de gentiles. A este largo período nuestro Señor le dio un nombre y una señal: «Jerusalén será pisoteada por los gentiles hasta que los tiempos de los gentiles sean cumplidos» (Lucas 21:24). Todavía estamos en los «tiempos de los gentiles» y Jerusalén es todavía «pisoteada bajo el pie de los gentiles».

Daniel es el profeta de «los tiempos de los gentiles». Trasladado en cautividad a Babilonia su larga vida se extiende desde el reino de Nabucodonosor al de Ciro. Al interpretar un sueño del rey Nabucodonosor (Daniel 2:31-45), Daniel pudo ver todo el curso de la dominación mundial de los gentiles hasta su fin. Vio cuatro imperios periclitados: Babilonia; medo-persia; el imperio griego de Alejandro, con su división en cuatro partes y Roma. No vio otro imperio mundial gentil, y todos los intentos de establecer uno han fallado y están destinados al fracaso. Vio a Roma dividida, primero en dos partes y luego en diez (versículos 33,

30-43). La división en dos se cumplió en el Imperio oriental con su capital en Constantinopla y el Imperio occidental con su capital en Roma. Vio que estos dos sufrían deterioro (el símbolo de los dos son las dos piernas de la estatua) y que se dividían, una división finalmente en diez reinos que ocupaban el territorio que había estado bajo el dominio del Imperio romano indiviso.

Y luego aparece un suceso sorprendente y sobrenatural. Los diez reinos finales de los gentiles se hunden en la catástrofe. Una «piedra sin intervención de ninguna mano» golpea la estatua y la destruye, destrucción que es comparada a la paja ventada en verano en la era al trillar el trigo. No hay reconstrucción del poder mundial gentil, pero la esfera del gobierno de la tierra, por tanto tiempo llena de imperios y reinos gentiles, da lugar a un gobierno distinto: «Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y destruirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre.»

Es de este pasaje que procede la designación «reino del cielo». La profecía de Daniel añade muchos más detalles importantísimos, especialmente sobre el tiempo del fin de la dominación de los gentiles en los que podemos entrar ahora. Pero la contribución importantísima que hace Daniel al mensaje de los profetas respecto al reino es en lo que se refiere al tiempo del mismo. Primero, los cuatro imperios mundiales de los gentiles; segundo, el deterioro y división del cuarto imperio mundial en dos y, finalmente, en diez; tercero, el establecimiento del reino del cielo después de la catastrófica destrucción de los diez.

Es evidente que no tuvo lugar nada de esto en el advenimiento del Mesías para sufrir. El cuarto imperio, Roma, estaba entonces en el cenit de su gloria y no

había sufrido ni deterioro ni divisón. El poder mundial de los gentiles no se transforma en el reino del Dios del cielo mendiante la trasferencia de individuos de uno a otro, como, por ejemplo, ocurriría con la conversión gradual del mundo gentil. El fin del poder mundial gentil es súbito, destructivo, total. Y esto es el testimonio de Jesucristo y de sus apóstoles (Lucas 17:26-32; 1.ª Tesalonicenses 5:1-4: 2.ª Tesalonicenses 1:6-10).

Pasando por encima mucho que es de gran interés en otros profetas notemos una breve mención de las profecías del reino en Zacarías. Su capítulo 12 da un cuadro gráfico del sitio final de Jerusalén y de la batalla de Armagedón (compárese Isaías 10, Apocalipsis 19), seguidos por el arrepentimiento y conversión de los judíos, y ésta (Zacarías 14) por la venida del Señor en gloria y la gran declaración: «Y Jehová sera Rey sobre toda la tierra... Y todos los que sobrevivan de las naciones que vinieron contra Jerusalén subirán de año en año para adorar al Rey, a Jehová de los ejércitos, y a celebrar la fiesta de los tabernáculos... Y toda olla en Jerusalén y Judá será consagrada a Jehová de los ejércitos.»

El reino de los profetas, pues, está fundado sobre el pacto de David (2.ª Samuel 7:10-17); es celestial en origen y principios y en la personal del Rey (Daniel 2:44); es establecido sobre la tierra, con Jeruslén como capital (Isaías 2:1-4); es establecido primero sobre el Israel vuelto a juntar y convertido, extendiéndose luego sobre la tierra, y es establecido por poder, no por persuasión (Isaías 9:7; Lucas 1:32).

6

El ministerio profético de Jesucristo

El Señor Jesucristo en su encarnación es designado para un triple ministerio indicado por los títulos: profeta, sacerdote, rey. Es el «Profeta como yo» predicho por Moisés (Deuteronomio 18:15; Hechos 7:37); esto es, el profeta que introduce un nuevo orden (Juan 1:17. Pero no introduce de modo súbito el nuevo orden: la gracia. «Nacido de mujer, nacido bajo la ley» (Gálatas 4:4). Empieza su ministerio profético a un pueblo que está también bajo la ley por medio de la ofrenda de sí mismo como Aquel de quien todos los profetas del Antiguo Testamento habían dado testimonio, el Rey «manso y humilde» (Mateo 21:4, 5), en el cual el reino ahora «se había acercado».

Como los profetas del Antiguo Testamento Jesucristo es primero un predicador o mensajero y como en el caso de ellos es el rechazo de su mensaje por parte de los judíos, lo que da lugar a su ministerio predictivo. El sermón del Monte da la nota ética de los antiguos profetas, pero la eleva en su potencia. No hallamos en Él todavía un rayo de gracia ni una gota de sangre. Puesto a prueba por el sermón del Monte los mayores

logros humanos, por lo que se refiere a la justicia, fallan por completo. Las bienaventuranzas describen el carácter que de modo exclusivo produce la felicidad, pero los bienaventurados no son los admiradores de la pobreza de espíritu, la mansedumbre, el hambre y sed espiritual, la misericordia y la pureza del corazón, sino los posesores de estas gracias supremas.

En este ministerio ético se enlazan las dos ideas del reino de Dios y del reino del cielo. Porque el reino del cielo es traer el reino de Dios (1.ª Corintios 15:14-28), y los verdaderos súbditos del reino del cielo, esto es, los verdaderos creyentes en Cristo, están ya en el reino de Dios.

Al considerar el ministerio profético de Cristo es de importancia recordar que, como los profetas de antaño, su ministerio era de modo primario para Israel (Mateo 10:5-7). Porque como siempre la bendición a los gentiles viene a través de Israel (Isaías 11:10; Romanos 11:17, 24, 25). Lo mismo puede decirse en la verdad del reino y en la verdad del Evangelio, y la fórmula es siempre: «A los judíos primero y también a los gentiles» (Romanos 1:16; 2:9, 10; Hechos 13:46). Quizás el pasaje más importante para la guía del estudioso de los evangelios es Romanos 15:8: «Pues os digo que Cristo Jesús se puso al servicio de los de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia.»

la posición gentil se presenta en Efesios 2:12:

«En aquel tiempo estabáis sin Cristo, excluídos de la ciudadanía de israel y extranjeros en cuanto a los pactos de la promesa sin esperanza y sin Dios en el mundo.»

El judío tenía (y tiene) «promesas», y unido a éstas hay declaraciones proféticas de misericordia a los gentiles, como muestra Pablo, en abundancia en Romanos 9, 10 y 11.

El ministerio terrenal de Cristo fue dirigido a confirmar las promesas a Israel y traer misericordia a los gentiles que estaban sin esperanza y sin Dios. Como Hijo de David ofrece el reino a los judíos; como Hijo de Abraham muere por los judíos y los gentiles (Génesis 12:3; Mateo 1:1; Gálatas 3:13, 14). Si se mantiene firme esta distinción el ministerio profético de nuestro Señor quedará libre de confusiones.

Jesús empieza con el reino: la Iglesia no es mencionada hasta que su rechazo como rey es evidente.

La profecía del Nuevo Testamento empieza con Juan el Bautista. Su tema es el del reino del cielo. Lo que los profetas del Antiguo Testamento vieron de lejos Juan lo anuncia «cerca, a la mano». Esta frase, «a la mano», ha adquirido en las Escrituras un uso definido, un significado casi técnico, significa no que el hecho o la cosa anunciada tiene que ocurrir inmediatamente, sino que es la cosa próxima o que sigue en el programa revelado. Cuando por ejemplo, Pablo escribió su carta a los Filipenses, el Señor estaba «cerca» (Filipenses 4:5). Después de mil novecientos años Cristo está todavía «cerca, a la mano» para este descenso en el aire para recibir a su Iglesia (1.ª Corintios 15:51, 52; 1.ª Tesalonicenses 4:14-17); es decir, éste es todavía el próximo suceso en el programa revelado.

El que la presente edad de la Iglesia interviniera antes del retorno del Rey en gloria para establcer su reino mesiánico del cielo era como la misma Iglesia, «un ministerio escondido en Dios» (Efesios 3:1-11). La verdadera Iglesia se revela en las Escrituras en una forma al margen del tiempo; no relacionada con los sucesos terrenos, porque es en la tierra una cosa celestial, peregrina y extranjera (1.ª Pedro 2:11; Hebreos 3:1; Filipenses 3:20; 1.ª Pedro 1:4). Escondidos en Dios

estaban ciertos misterios del reino de los cielos (Mateo 13:11-17) que habían de ser completados durante la edad de la Iglesia. Para la Iglesia «el Señor está cerca» en todo momento «hasta que Él venga» (Filipenses 4:5; 1.ª Corintios 11:26). Pero el reino de los cielos no está ahora «cerca», porque se han de cumplir muchos sucesos predichos antes del retorno del Rey en gloria. Entretanto la Iglesia persigue su marcha peregrina, añadiéndose a ella los que son llamados por el Evangelio de la gracia gratuita (Hechos 15:14; 2:47). Entretanto, también, los «misterios del reino del cielo» se van cumpliendo.

La edad presente, en otras palabras, es un paréntesis en el orden profético y estaba escondida para los profetas del Antiguo Testamento. Ellos vieron «los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos» confusos en el horizonte (1.ª Pedro 1:10-12); Cristo reveló la verdad de la edad presente, la verdad del llamamiento de la Iglesia y de los «misterios del reino de los cielos» como intermedio entre sus sufrimientos y la gloria de su reino.

Pero no levantó el velo que escondía esta edad hasta que se hizo evidente que la nación para la cual había venido en cumplimiento literal de la profecía le había rechazado. El punto decisivo que marca el cambio desde la predicación del reino de los cielos como que estaba «cerca» a la entrada del Señor en la esfera de la profecía predictiva está registrado en Mateo 11, 12. Los doce reciben aviso del odio y la traición (10:17) y las ciudades que habían presenciado sus obras poderosas son llamadas a juicios (11:20-24). Pero lo que es significativo de modo supremo es que Él ya no anuncia que el reino está «cerca», sino que pasa de la nación al individuo en el nuevo mensaje: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cansados y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended

de mí, porque soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas.»

Ahora es la relación personal con Él la que cuenta. Las bendiciones terrenas prometidas a Israel son aplazadas (Deuteronomio 30:1-10; Jeremías 33:14-26; Hechos 15:14-17). Quedó la ofrenda formal de sí mismo «manso y humilde», que suele llamarse erróneamente «la entrada triunfal» (Mateo 21:1-11), pero para sus discípulos las palabras que Él habla son de su muerte y resurrección inminentes.

Los temas de las predicciones pronunciadas por Cristo se refieren (principalmente) al reino del cielo durante el intervalo entre el rechazo del reino y su retorno en gloria; su propia muerte y resurrección, juicio, la Iglesia, el Espíritu Santo y, especialmente, el gran mensaje profético que llamamos el discurso del monte de los Olivos (Mateo 24:1-51; 25:1-46; Lucas 21:5-36).

1. Como resultado del rechazo del Rey el reino de los cielos, que había sido anunciado por Juan el Bautista (Mateo 3:2), por Cristo (Mateo 4:17) y por los doce (Mateo 10:7), como que estaba «cerca», entra en el período durante el cual se han de cumplir ciertos «misterios» del reino del cielo. Éstos son descritos en las siete parábolas reunidas en Mateo 13. Un «misterio» en las Escrituras es un propósito divino escondido hasta ahora, pero ahora revelado.

Las siete parábolas de Mateo 13, llamadas por nuestro Señor «misterios del reino de los cielos», tomadas juntas describen el resultado de la presencia del Evangelio en el mundo durante la edad presente, esto es, el tiempo de la siembra, que empieza con el ministerio personal de nuestro Señor y termina con la «cosecha» (Mateo 13:40-43). En resumen, el resultado de la mezcla de cizaña y trigo, peces buenos y malos, hijos del reino e hijos del maligno, en la esfera de la

profesión cristiana. Es lo que llamamos «cristiandad». Los verdaderos «hijos del reino» están allí, pero mezclados cn ellos y tan parecidos que los «siervos» ya no pueden distinguirlos de los meros profesos. Tan grande es el peligro para las almas implicado en la mera profesión de fe que nuestro Señor, en su enseñanza, ahora abunda en solemnes avisos (Mateo 7:22; 20:16; 21:28, 31; 23:13-38).

2. El Señor predice su propia muerte en manos de hombres malvados y su resurrección tres días después (Mateo 12:38-40; 17:22, 23; 20:17-19).

3. El Señor predice juicios sobre personas (Mateo 25:46); ciudades (Mateo 11:22-24; 23:37-39; Lucas 21:20-24; y naciones; Mateo 25:31-46).

4. El Señor predijo la Iglesia (Mateo 16:13-18) como algo venidero: «Edificaré mi Iglesia».

Sólo una vez más y esta vez con respecto a la disciplina se refiere Cristo otra vez a este nuevo propósito.

Usa una palabra para esta cosa nueva «*ecclesia*=los que son llamados», que en sí misma puede ser aplicada a cualquier asamblea. Es usada para Israel en el desierto (Hechos 19:32), traducida por «asamblea», pero nuestro Señor no fue más adelante del anuncio de un propósito. Todo lo demás respecto a esta cosa nueva era otro «misterio escondido en Dios» y revelado por medio del apóstol Pablo (Efesios 3:1-11).

5. Jesucristo predijo el curso y fin de esta edad. En cuanto a esto último su testimonio fue claro y uniforme, la edad termina en una catástrofe. Para ilustrarlo nuestro Señor regresa a los dos juicios catastrófico del diluvio y la destrucción de las ciudades de la llanura (Lucas 17:26-37).

En el gran discurso del monte de los Olivos (Mateo 24:35; Lucas 21:5-36) nuestro Señor entra en detalle,

especialmente en lo que se refiere a la ruina y catástrofe del fin de los tiempos. La pregunta de los discípulos que dio lugar a la profecía, las circunstancias y lugares que se mencionan en la respuesta de nuestro Señor y la forma de la respuesta, todo se combina para marcar el discurso como una parte del ministerio de Cristo a Israel en calidad de «ministro de la circuncisión por la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres». Toda la atmósfera del discurso es judía.

Es evidente que era necesaria una confirmación de las promesas a los padres con respecto al establecimiento del reino conforme al pacto davídico (2.ª Samuel 7:4-16), confirmado por el juramento de Jehová (Salmo 89:3-6, 20-37) y por el arcángel Gabriel (Lucas 1:32, 33), porque Cristo había anunciado su muerte inminente. Iba a regresar al cielo sin haber recogido al Israel disperso y sin haber reestablecido la teocracia sobre Israel. Hay que tener presente que los discípulos reunidos por nuestro Señor durante su ministerio en la tierra eran judíos que le habían recibido como Mesías: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» había dicho Pedro en su confesión de fe aprobada por el Maestro (Mateo 16:16). El que Él tuviera que pasar por la muerte y resurrección para ir otra vez al Padre dejando un tremendo cuerpo de promesas sin cumplir era en sí algo realmente extraordinario; de no haberlo confirmado, renovado, habría sido el fin de la fe de los judíos en Él.

Dejando el templo por última vez y después de predecir su destrucción subió hacia el monte de los Olivos. Del mismo modo que el templo representaba el pasado de Israel, el monte de los Olivos representaba el futuro de la nación. Porque Zacarías, en su visión de la segunda venida del Mesías y en su establecimiento del reino (Zacarías 12, 13, 14) había dicho: «Y se posarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos...

Y Jehová será rey sobre toda la tierra (Zacarías 14:41). Las mismas localizaciones confirman la interpretación judía del discurso si es que hubiera de confirmarse, ya que todo en él es evidentemente judío (Mateo 24:15, 31).

De modo breve Jesús dijo que la época sería de guerras, hambres y pestilencias y que terminarían en el reino de la bestia, la abominación predicha por Daniel profeta y la gran tribulación. Pero inmediatamente después de la gran tribulación Él, el Señor, regresaría en poder y gran gloria y entonces se sentaría en el trono de su gloria. Entonces la nación elegida dispersa sería reunida otra vez. Sus discípulos judíos, a los cuales había prometido tronos para juzgar a las doce tribus (Mateo 19:27, 28), en los tiempos del reino no habían sido engañados; todo se cumpliría (compárese con Hechos 15:14-17).

Pero estos mismos discípulos judíos habían de tener ahora nuevas relaciones con Él mismo y con la humanidad, en otro cuerpo de creyentes muy diferente al cual Él se había referido como «mi Iglesia». En el futuro reino los doce han de ser jueces sobre las tribus restauradas de Israel (Mateo 19:27, 28). En la Iglesia hay piedras de fundamento de las cuales Cristo mismo es la principal piedra del ángulo (Efesios 2:20; 1.ª Pedro 2:4-7). No había llegado aún el tiempo de desvelar el misterio. Había que sufrir la cruz y consumarse la redención antes que pudiera entrar la nueva dispensación de la gracia. Es más, el Espíritu Santo tenía que inaugurar esta dispensación, unir a los redimidos en un cuerpo y explicar el nuevo orden. Todo esto estaba cerca, pero pertenecía a las «muchas cosas» que Jesús, de buena gana, habría dicho a sus discípulos, pero que ellos no podían «sobrellevar todavía» (Juan 16:12, 13).

Pero Él podía y quería poner el fundamento de todo ello. Dos días después de pronunciar el gran discurso

del monte Olivete, confirmando las promesas hechas a sus padres respecto al reino del cielo, que habían de cumplirse cuando Él regresara en gloria (Mateo 25:31; compárese con Hechos 2:25-36; 15:14-17), el Señor se reunió de nuevo con sus discípulos. Pero ahora no era en terreno judío ni en medio de cosas judías, como en el templo o en el monte de los Olivos. Reuniéndolos en el «aposento alto», como si fuera aparte de la tierra, comió con ellos la Pascua, la fiesta judía que había estado asociada típicamente con su propio sacrificio como «el Cordero de Dios» (1.ª Juan 1:36; 1.ª Corintios 5:7), y con la separación de un pueblo redimido del ambiente que les rodeaba, en un camino de peregrinaje a una herencia prometida (Éxodo 12:12, 13; 11:7; 12:11, 41, 42).

Terminada la cena de la Pascua nuestro Señor realizó un acto de singular hermosura y significado. Tomando el pan y el vino de la Pascua lo dio a sus discípulos como recuerdo de su propio sacrificio; recuerdo de una redención consumada. Y al hacer esto se colocó a sí mismo y a ellos, moralmente, a este lado de la cruz. «Tomad, comed; esto es mi cuerpo.» «Ésta es mi sangre del nuevo pacto» (Hebreos 8:10-13). De la Pascua, que puso a Israel en un camino de peregrinaje, Él formó la fiesta de la Iglesia, que era también una compañía en peregrinaje: «extranjeros y peregrinos». En todo este maravilloso discurso del aposento alto, como también en la gran oración sacerdotal (Juan 14:1 al 1:26) no hay una sola nota distintivamente judía. Deja claro que al fin del camino del nuevo cuerpo, la Iglesia, no es el reino de la tierra sobre el Israel restaurado y convertido sobre las naciones de los gentiles, sino el ser recibido a sí mismo fuera de la tierra (Juan 14:3; 1.ª Tesalonicenses 4:14-16). Estos hombres van a regresar con Él en gloria, verdaderamente, para sentarse con Él sobre doce tronos, pero entretanto Él se

va para preparar un «lugar» que será el hogar eterno de la nueva hueste peregrina.

Y entonces viene la nueva promesa de la cual todas las Escrituras anteriores no dan la menor idea o indicio: «Y si me voy y os preparo lugar vendré otra vez y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy vosotros también estéis» (Juan 14:3).

Una nueva promesa para el nuevo cuerpo de creyentes sin una señal, sin una nota temporal y completamente sin relación con los otros sucesos proféticos.

Y esta promesa, recibida por la pluma de la inspiración después de la partida de nuestro Señor y de la venida del Espíritu Santo, pasa a ser «la bendita esperanza» de la Iglesia peregrina.

7

El mensaje profético de los hechos

El Señor Jesús fue a la cruz después de haber reafirmado en el gran discurso del monte de los Olivos la gran promesa hecha a los padres de Israel de un Mesías que se sentaría realmente sobre el trono de David, según el pacto confirmado por el juramento de Jehová y renovado por medio del ángel Gabriel (2.ª Samuel 7:1-17; Salmo 89:3, 4, 20-39; Lucas 1:30-33; Mateo 24:39-31, 37-51, 25-31), y después de dar a la Iglesia, que había de formarse pronto, una promesa totalmente nueva de que regresaría, la cual, en contraste con su venida para establecer su reino no le haría regresar a la misma tierra, sino que vendría en el aire para poder recibir a su Iglesia a sí mismo. Esta nueva promesa no estaba relacionada con la tierra, sino de modo específico con un «lugar» en los cielos que Él iba a «preparar».

La resurección de Jesús, después de tres días y noches, le devolvió a sus discípulos durante cuarenta días. Los sucesos de aquellos días, por lo menos en cuanto han sido registrados, se hallan referidos en Mateo 28, Marcos 16, Lucas 24 y Juan 20 y 21. El capítulo

veintinuo de Juan se proyecta hacia adelante y hacia atrás, y enlanza el discipulado que antes había sido sobre una base judía con el nuevo servicio en el cual estos hombres ahora iban a entrar como miembros de su nuevo cuerpo, la Iglesia.

Es en el libro de los Hechos de los apóstoles que conocemos los temas de las instrucciones suplementarias de nuestro Señor a sus discípulos durante los cuarenta días de su estancia con ellos hasta su ascensión. Estas instrucciones hacían referencia a la doctrina del reino de Dios, al advenimiento inminente de otra persona divina, el Espíritu Santo, y al nuevo servicio bajo el poder del Espíritu Santo (Hechos 1:1-8). Es evidente que estas instrucciones eran, precisamente, las que necesitaban aquellos hombres que en aquel mismo momento iban a recibir una misión que pronto los llevaría más allá de los lindes del pensamiento y las limitaciones judías y los lanzaría a una evangelización mundial.

Ante todo debían conocer la verdad más amplia y grande del Evangelio de Dios. Eran judíos y tenían la esperanza del reino de los cielos, una esperanza que acababa de ser confirmada por el discurso del monte de los Olivos (Mateo 24 y 25; Lucas 21); las instrucciones de los cuarenta días les recordarían que el reino de los cielos, una vez su obra terrenal quedara realizada, abocaría en el reino universal de Dios (1.ª Corintios 15:24-28).

Sólo quedaba un punto sin cubrir en estas instrucciones de nuestro Señor: el tiempo o momento en que el reino de los cielos iba a empezar su obra de restaurar a la tierra el reino de Dios, grande e inclusivo. Esta omisión pasó a ser, pues, el tema de una pregunta natural: «¿Restaurarás el reino a Israel en este tiempo?» Es digno de notar, primero, que nuestro Señor no rechazó la pregunta, y segundo, que su respuesta dejó

viva toda la esperanza judía: «No os toca a vosotros conocer los tiempos y las sazones que el Padre puso en su sola potestad.»

Un gran cuerpo de verdad, que iba a adquirir suprema importancia desde el punto de vista profético y dispensacional, el que se refiere a la Iglesia, no formaba parte de las instrucciones de los cuarenta días. La Iglesia, aparte de la palabra profética «Edificaré mi Iglesia» (Mateo 16:18) siguió siendo un «misterio escondido en Dios» (Efesios 3:9, 10). La revelación de este misterio estaba reservada para el apóstol Pablo, a quien fue confiada la exposición de las doctrinas de la gracia (Efesios 3:1-10).

Estos discípulos, ricos en preparación del alma durante los tres años de íntima asociación con el Señor, y ahora enriquecidos en la verdad por medio de las instrucciones de los cuarenta días, todavía tienen que esperar. Les falta una cosa, el ser llenos por el Espíritu Santo y su poder, y era esencial de modo tan supremo, este revestimiento para el nuevo ministerio, que toda otra aptitud o capacidad debe esperarlo. ¡Qué presunción, pues, por parte de algunos de los que les siguen en el ministerio de la gracia de Dios el suponer que una ojeada a un libro de texto va a ser suficiente! El poder para el nuevo servicio había de ser el Espíritu Santo; el método dar testimonio. Un testigo tiene que tener un conocimiento de primera mano de aquello de que habla. El conocer de oídas no es bastante.

Pero los discípulos han de empezar en Jerusalén. «Al juicio primero (Romanos 1:16; 2:9) es la orden bíblica, pero el ministerio judío de los apóstoles tal como se registra en los primeros nueve capítulos de los Hechos tiene todavía un carácter más distintivo.

En Lucas 19:12-14 este ministerio especial es predicho en foma de parábola, una de las parábolas del reino aplazado. Cristo, el «noble» de la parábola, se va a

un país lejano para recibir un reino y volver (Daniel 7:13-18; Apocalipsis 5:1-10). Pero durante su ausencia los «ciudadanos» que han de ser súbditos del Rey cuando regrese, a quien ellos ya habían rechazado en los días de su carne, enviaron tras Él una embajada con otro mensaje de rechazo. Este envío implica que se ha hecho una nueva apelación a los «ciudadanos» a favor del rey ausente. Es precisamente esta apelación y la historia de su rechazo que se cuenta en los siete primeros capítulos de los Hechos.

El mensaje no es el mensaje típico del Evangelio para ésta, nuestra edad: «Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo» (Hechos 16:31), con una aplicación individual estricta, sino que trata de la culpa corporativa de los judíos; al rechazar a su Mesías, Jesús apela al arrepentimiento corporativo o nacional y promete que caso de que se arrepientan Jesucristo va a regresar (Hechos 3:19-21).

Pedro, en su primer sermón, en el día de Pentecostés, hace frente de modo directo a la objeción inevitable judía de que Jesús no había cumplido las promesas a Israel referente al reino. Era la misma dificultad que Jesús había contestado, por lo que se refiere a sus discípulos, en el discurso del monte de los Olivos, y Pedro, dirigiéndose a la multitud judía, da exactamente la misma solución. Las promesas serán cumplidas por el Cristo resucitado. Si fuera verdad que Israel se había equivocado al esperar un reino que, aunque plenamente espiritual, había de ser también visible y material, éste era el lugar y momento de decirlo. Pero ni en este lugar ni tiempo ni en otro alguno lo dice una sola línea que sea inspirada. Al contrario, el apóstol afirma que David mismo, siendo profeta, previó que por medio de la resurrección Dios, que había confirmado el pacto davídico con un juramento (2.ª Samuel 7:5-17;

Salmo 89:3, 4, 20-37), «levantaría a Cristo para sentarlo en su trono».

En el segundo sermón, el de la puerta hermosa, Pedro añadió a la demostración anterior que Cristo, en su resurrección, se sentaría en el trono de David (compárese Lucas 1:30-33), la tremenda promesa de que si Israel se arrepentía entonces los «tiempos de restitución» empezarían y el Rey sería enviado de nuevo (Hechos 3:19-21). Es digno de notar que junto con la apelación corporativa a la nación como tal hay, en toda esta predicción post-pentacostal, la oferta de misericordia al individuo. Pedro les dijo: «Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros...», y con otras muchas palabras testificaba solemnemente y les exhortaba diciendo: «Sed salvos de esta perversa generación» (Hechos 2:37-41). «Dios ha resucitado a su siervo en primer lugar para vosotros y lo ha enviado para bendeciros haciendo que cada uno se convierta de sus maldades» (Hechos 3:36).

Pero la llamada es a Israel de modo corporativo. Y, ¡ay!, la respuesta llega pronto. Los «ciudadanos» pronto enviaron el mensaje al «noble» de que no «querían que este hombre reinara sobre ellos en la orden dada a los apóstoles de que no predicaran en aquel nombre (Hechos 4:13-22; 5:28-33), y aún de modo más enfático en el martirio de Esteban.

F. W. Boyle, de San José, Costa Rica, ha sugerido en hermosas palabras que en esta gran llamada final a los judíos hallamos una respuesta a la oración del Señor en la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34). Indica el énfasis que Pedro puso sobre la inconsciencia espiritual de los judíos que eran culpables de la sangre de Jesús: «Y ahora, hermanos, ya sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes» (Hechos 3:17). Esto era válido y útil. Pero esta misma predicción les privaba

para siempre de la excusa de la ignorancia. Era un segundo rechazo del Mesías.

En el resumen que da el apóstol Jacobo del resultado de la reunión de Jerusalén, que ha sido denominado el primer concilio y en que, sin duda, no sólo «los apóstoles y los ancianos», sino también estaba presente el Espíritu Santo (Hechos 15:28), se encuentra el pasaje que se ha dicho «dispensacionalmente, es el más importante del Nuevo Testamento».

La pretensión de «algunos que venían de Judea» y que enseñaban a los hermanos: «Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés no podéis ser salvos» (Hechos 15:1), haciendo, pues, la circuncidación esencial para la salvación, defendida también por algunos «de la secta de los fariseos que creían», dio lugar a la reunión de Jerusalén, cuyo relato se halla en Hechos 15. La cuestión sometida al concilio, sin embargo, llegó más allá del mero rito de la circuncisión, y puso sobre el tapete toda «la ley de Mosés» (versículo 5), en su relación con la Iglesia cristiana. ¿Era el cristianismo una religión ritual o una religión en que el creyente, ya hecho justo por medio de la fe en una justicia tan perfecta que nada podía ser añadido a ella, no «estaba bajo la ley, sino bajo la gracia»?

La decisión fue en favor de la libertad, y el argumento contra el cual los legalistas no pudieron decir nada fue el presentado por Pedro; el hecho que Dios, sin circuncisión o ningún otro acto que la simple fe en Cristo, había concedido el Espíritu Santo a los judíos convertidos (versículo 7-11). Vale la pena señalar que contra la pretensión de unos pocos hoy día que dicen que la nueva libertad era sólo para los gentiles, en tanto que los creyentes judíos habían de seguir con el ceremonialismo, que Pedro (versículo 11) pone a los judíos en el mismo terreno.

Pero detrás del argumento legal se hallaba todavía

en la mente de muchos judíos creyentes la antigua dificultad de cómo creer en un Mesías que se había ido al cielo sin haber cumplido las promesas del reino, y el gran pasaje profético responde a esta dificultad, precisamente del mismo modo en que nuestro Señor había hecho en el discurso del monte de los Olivos, y como Pedro había hecho en el sermón pentecostal, el reino había sido aplazado, no abandonado ni «espiritualizado» en algo que no llevaba parecido a las promesas hechas a los padres. Pero el pasaje es de extraordinario valor en que no sólo reafirma la promesa davídica, sino que da la relación de esta edad con la edad del reino que ha de seguir a la presente.

Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles para tomar de entre ellos un pueblo para su nombre. Y con esto se acuerdan los profetas, como está escrito (Amós 9:11-15): «Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído, y repararé sus ruinas y lo volveré a levantar para que el resto de los hombres busque al Señor y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre, dice el Señor, que hace todo esto» (Hechos 15:14-17).

Lo que Pedro había empezado lo continuó la Iglesia. En todas partes en que fue predicado el Evangelio entre los gentiles en el poder del Espíritu Santo algunos han creído, pero nunca todos. Jerusalén no fue convertido, ni Roma, ni Antioquía, sino que hubo personas que allí fueron llamadas según su nombre. Éste es el programa divino para esta edad. Cuando este proceso sea completado, en el intento e idea de Dios (Romanos 11:25-27), Jesucristo regresará y establecerá el reino mesiánico del cielo. Y entonces, y sólo entonces, será convertido el mundo. La tierra quedará llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar, pero el profeta que nos lo dice nos dice también

cuando ocurrirá esto en «aquel día», cuando el retoño será Rey e Israel sea restaurado a su antigua tierra (Isaías 11:9-12).

Es importante notar que el elemento profético en los hechos se refiere a la reconciliación de un reino aplazado con las promesas hechas a Israel por medio de los profetas del Antiguo Testamento. La Iglesia no es el tema del testimonio profético de este libro. Las Iglesias están en todas partes en el libro, pero el despliegue de la doctrina de la Iglesia, así como de su futuro profético, aguarda la pluma del gran apóstol de los gentiles. La historia de su conversión, ministerio, sufrimientos, llena la segunda parte del libro de los Hechos, que es también la más importante del volumen. En las epístolas y en el Apocalipsis la profecía nos presenta la historia de la Iglesia.

8

La profecía en las Epístolas

En la noche que fue entregado, en el discurso del aposento alto, nuestro Señor dijo: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad él os guiará a toda la verdad» (Juan 16:12).

Nuestro Señor anunció también que esta prometida revelación contendría un elemento predictivo: «Pero cuando venga el Espíritu de verdad él os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo cuanto oiga, y os hará saber las cosas que han de venir» (Juan 16:13).

Cuando nos dirigimos a las epístolas vemos que la revelación prometida de la nueva verdad se refiere al nuevo cuerpo, la Iglesia. En los 114 capítulos que forman los Hechos y las Epístolas el reino se menciona sólo veinticinco veces y siempre con la designación espiritual más amplia del reino de Dios, en tanto que la Iglesia es mencionada en los mismos capítulos ochenta y nueve veces. En la gran epístola a los Romanos el reino de Dios es mencionado, pero sólo una vez en los dieciseís capítulos. Es la Iglesia la que llena toda la escena.

Nuestro Señor mismo fue el primer profeta de la Iglesia. Después que su rechazo como Rey de Israel fue manifiesto Jesús, con sus discípulos, partió de Galilea y allí pronunció la primera palabra de las Escrituras referente a la Iglesia: «Edificaré mi Iglesia.» En sus mismos términos estas palabras eran proféticas e indicaban un propósito a realizar en el futuro. No señalaban ni al pasado ni al presente. Cristo no dijo: «He edificado», o «estoy edificando», sino «edificaré» (Mateo 16:18).

Es muy significativo que «desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que Él debía ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas y resucitar al tercer día» (Mateo 16:18,21). Pero para que no hubiera lugar para la conclusión de que la «Iglesia» y el «reino» eran términos sinónimos o que la Iglesia sería el cumplimiento de la promesa del reino a la predicción de nuestro Señor siguió casi inmediatamente una escena representativa del reino, la de la transfiguración (Mateo 17:1-3). Nuestro Señor declaró que esta escena era un ejemplo del «Hijo del Hombre viniendo en su gloria». «De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que hayan visto venir en su reino al Hijo del Hombre» (Mateo 16:28).

Los elementos del reino establecidos por los profetas están todos presentes en la transfiguración: *a*) el Hijo del Hombre apareciendo en su gloria (Mateo 25:31), acompañado de dos clases de santos glorificados: los que han pasado al cielo por medio de la muerte, como Moisés (1.ª Corintios 15:22, 23), y los que han sido trasladados sin ver la muerte, como Elías (1.ª Corintios 15:51-53; 1.ª Tesalonicenses 4:14-17). *b*) la escena tiene lugar en la tierra, porque el reino ha de ser establecido en la tierra (Jeremías 23:5; Zacarías 9:7, 15).

c) habrá hombres todavía en la carne que formarán parte del reino, representados por Pedro, Jacobo y Juan; y *d*) la misión del reino es el ministrar a las multitudes de la tierra (versículo 14-17).

Pero con el anuncio del propósito futuro: «Edificaré mi Iglesia», y con el ejemplo gráfico de la parábola del reino, ahora aplazado hasta la venida del Rey en gloria, la Iglesia fue dejada por Cristo en un estado de «misterio escondido en Dios» no explicado (Efesios 3:1-1).

Es en las epístolas que encontramos la revelación de este misterio. De modo claro la revelación de la verdad de la Iglesia fue encomendada a Pablo (Efesios 3:1-11). Por medio de él sabemos que la Iglesia es el cuerpo de Cristo formado por el bautismo del Espíritu (1.ª Corintios 12:12-14); un cuerpo del cual Cristo es la Cabeza y todos los creyentes, al tiempo de Pentecostés y a partir de entonces, son los miembros (Efesios 1:22, 23); que este cuerpo no es una organización con Cristo como presidente o rey, sino un organismo, como el cuerpo humano y los «miembros» del mismo no son los ciudadanos de una república o los súbditos de un reino, sino las manos, los pies, los ojos y oídos del cuerpo humano, unidos juntamente con Él en vida (1.ª Corintios 12:14-21; Juan 15:1-5; 1.ª Juan 5:11, 12) el cual es su Cabeza en la gloria.

En otra relación tal como Eva, sacada del cuerpo de Adán, pasó a ser «hueso de huesos y carne de su carne» unida a el matrimonio, la Iglesia destinada a ser la esposa de Cristo, «el último Adán» (Génesis 2:21-23; 2.ª Corintios 11:1, 2; Efesios 5:28-33).

Y en otra relación todavía la Iglesia «crece para ser un santuario sagrado en el Señor... en quien también vosotros sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu» (Efesios 2:21, 22). Los primeros miembros de su cuerpo, la Iglesia, fueron los discípu-

los de nuestro Señor, recogidos en Israel para su ministerio personal. Éstos, bautizados por el Espíritu en el día de Pentecostés (Hechos 2:1-4) fueron los primeros «miembros», pero «el mismo día fueron añadidos a ellos como tres mil almas». A partir de este día el crecimiento de cuerpo fue aumentando, «y el Señor añadía cada día a la Iglesia a los que iban siendo salvos» (Hechos 2:47).

En cuanto a su relación con el mundo nuestro Señor dice a los creyentes que componen la Iglesia que están «en» el mundo, pero que no son «del» mundo (Juan 17:11, 16). Hay que recordar que, aunque creyentes, ¡ay!, con demasiada frecuencia fallan en manifestar su santa separación del mundo, pero también es verdad que, como separados del mundo y entregados a Cristo (Juan 17:6, 11, 12, 16), siguen siendo suyos y no están afectados por los juicios de este mundo. Es posible que de vez en cuando dejen a un lado el báculo de peregrino (1.ª Pedro 2:11), pero todavía son «extranjeros y peregrinos» con respecto al presente sistema del mundo.

Sacados del mundo y entregados a Cristo los creyentes que componen la Iglesia tienen a su cargo una gran misión, universal en su alcance, con respecto al mundo, del cual han sido sacados. Esta misión es la de «predicar el Evangelio a toda criatura» (Marcos 16:16), en tanto que como «linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios», han de «anunciar las virtudes de aquel que les llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1.ª Pedro 2:9, 19).

Queda claro que la Iglesia pertenece a lo celestial, como Israel pertenece a lo terrenal (Efesios 1:3). Su herencia es en los cielos (Efesios 1:11; 1.ª Pedro 1:4; Juan 14:2; Romanos 8:17); su ciudadanía es de allí (Filipenses 3:20), y su actitud es la de un esperar a Cristo para ser recibidos por Él (1.ª Tesalonicenses 1:9, 10; Tito

2:13; Filipenses 3:20, 21; 1.ª Corintios 15:51, 52; 1.ª Tesalonicenses 4:14-17).

Las epístolas distinguen la Iglesia de las iglesias. El cuerpo de Cristo está compuesto de los que realmente han creído en Él y son salvos; las iglesias están compuestas de los que han profesado creer o que, como hijos de creyentes profesos, han sido bautizados y por ellos contados como cristianos. Esta profesión puede ser una fe verdadera o puede ser mera membresía en la Iglesia. La distinción, como todas las distinciones entre cosas que difieren en la palabra de Dios, es importante, pero es especialmente importante con respecto a la verdad de la Iglesia. Porque el elemento predictivo en las espístolas y el Apocalipsis sigue por dos líneas distintas. Una de éstas se refiere al futuro de la verdadera «Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo» (Efesios 1:23); la otra se refiere a la masa de profesos, conocida comúnmente como «cristiandad». Individualmente éstos están mezclados ahora y en lo externo son iguales, como el trigo y la cizaña de la segunda parábola o «misterio del reino de los cielos» (Mateo 13:24-30, 36-43), y por lo general no se pueden distinguir. Sin embargo, la profecía asigna a cada uno un futuro muy distinto. El postribulacionismo, o sea, la teoría de que la Iglesia pasa por la gran tribulación es debida a una confusión en este punto. La masa de los profesos pasa por la gran tribulación, o sea, la Iglesia que no es el cuerpo de Cristo.

Los principales temas de la profecía en las epístolas son:

1. La apostasía de la Iglesia profesa.
2. El «día de Cristo» y el arrebatamiento de la verdadera Iglesia.
3. El «día del Señor» y la revelación del hombre de pecado.
1. Los «últimos días» han de ser testigos de una

extendida apostasía dentro de la Iglesia profesa. Esto se ve en muchos pasajes de los cuales los principales son: Lucas 18:8; 2.ª Tesalonicenses 2:3, 7-12; 1.ª Timoteo 4:1-3; 2.ª Timoteo 3:1-9; 2.ª Pedro 3:3-7; 1.ª Juan 2:18-23; Judas 3:19; 1.ª Timoteo 6:3-5; 2.ª Timoteo 2:17, 18, 4:3, 4; 2.ª Pedro 2:1-22; 1.ª Juan 4:1-5; 2.ª Juan 7:11: 3.ª Juan 9.

Apostasía es el dejar de creer la verdad revelada y es el acto del cristiano profeso que de modo deliberado rechaza la verdad revelada. *a*) en cuanto a la deidad de Jesucristo, y *b*) la redención por medio de su sacrificio expiatorio (1.ª Juan 4:1-3; Filipenses 3:18; 2.ª Pedro 2:1. El error respecto a la verdad puede ser el resultado de la ignorancia (Hechos 19:1-6). Incluso la herejía puede ser debida a un lazo de Satán (2.ª Timoteo 2:25, 26), en el cual el verdadero creyente, si es descuidado y carece de instrucción, puede ser atrapado. La apostasía no implica una vida de pecado patente o un abandono de la profesión externa de cristianismo. El apóstata puede ser moral, culto, amable y generoso. En las advertencias citadas antes sobre la apostasía se señala a los falsos maestros y se dan las características. Se habla de «arrogancia, adulación a las personas para sacar provecho, que prometen libertad, pero son del mundo y hablan del mundo». Tienen la clase de éxito que ellos aprecian, porque «el mundo los escucha» (1.ª Juan 2:18, 19; 4:1-5).

2. Un nuevo «día», el «día de Cristo» (1.ª Corintios 1:8, 5:5; 2.ª Corintios 1:14; Filipenses 1:6, 10; 2:16) es revelado en relación siempre con la nueva promesa del retorno del Señor, hecho al nuevo cuerpo, la Iglesia, en el aposento alto.

«Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar vendré otra vez y os tomaré conmigo para que donde yo estoy vosotros también estéis.»

El cumplimiento de esta promesa es, verdaderamente, el gran tema de la profecía en las epístolas. El «día de Cristo» no es en modo alguno «fase» o «aspecto» del «día del Señor», como puede verse por medio de una comparación de los textos.

Según las epístolas la nueva promesa del aposento alto del retorno del Señor será cumplida en relación con una resurrección, no de los muertos, sino de «los que son de Cristo, en su venida» (1.ª Corintios 15:20-23).

«He aquí os digo un misterio: "No todos dormiremos, pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta, porque se tocará la trompeta y los muertos serán resucitados incorruptibles y nosotros seremos transformados. Porque es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción"» (1.ª Corintios 15:51-53).

Las epístolas revelan la forma del cumplimiento de la nueva promesa. «Os recibiré a mí mismo.» «Y no queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que duermieron en Él. Por lo cual os decimos esto por palabra del Señor; que nosotros, los que vivamos, los que hayamos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego, nosotros, los que vivamos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para salir al encuentro del Señor en el aire y así estaremos siempre con el Señor (1.ª Tesalonicenses 4:13-17).

Si esta minuciosa descripción de la manera en que se realizará el cumplimiento de la nueva y gran promesa al nuevo cuerpo, la Iglesia, se compara con la

confirmación de la antigua promesa a Israel respecto al reino, como se presenta en el discurso del monte de los Olivos (Mateo 24:25), se verá que todo está en contraste. Allí su venida va precedida por grandes signos o señales y la fórmula es: «Cuando veáis.» Aquí no hay señal ninguna. Allí Él va acompañado de ángeles; aquí no hay mención de ángeles. Allí su venida es visible a «todo ojo»; aquí sólo son afectados los que duermen y viven «en Cristo». Allí su venida es a la tierra; aquí es en «el aire». Allí su venida está en relación con el «trono de su gloria» (Mateo 25:31), aquí está en relación con un «lugar» entre las «muchas mansiones» en la casa del Padre que Él ha ido a preparar para su esposa. En modo alguno puede suponerse que la partida de la Iglesia será un «arrebatamiento» secreto. Indudablemente va a causar una intensa conmoción en el mismo centro de la humanidad.

Y en las epístolas esta nueva promesa, una promesa sin un signo, sin una nota en cuanto al tiempo, pasa a ser la «bienaventurada esperanza» (Tito 2:13) de la Iglesia. El Señor siempre está cerca (Filipenses 4:5).

Y además, esta «bienaventurada esperanza», cuyo tiempo no se precisa y que va sin señales, da la verdadera actitud del creyente «hasta que Él venga» (1.ª Corintios 11:26). Las palabras que describen esta actitud son «aguardando» (Tito 2:13; Filipenses 3:20, «esperando» (Romanos 8:24, 25; 1.ª Tesalonicenses 1:10). Toda interpretación de la nueva promesa de su venida que la haga absurda o meramente una forma de palabras sin sustancia real, en vez de un verdadero aguardar y esperar «a su Hijo del cielo», pues, está condenada por el mismo hecho. Es, en la práctica, lo mismo que decir: «El Señor demora su venida.»

3. El «día del Señor» se menciona en dos formas: *a*) en relación con el orden de los sucesos en la profecía

no cumplida aún; *b*) para asegurar a los creyentes que no son «de» aquel día.

El «día del Señor» descrito en las Escrituras, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, en términos de ira y de juicio, en lo cual está en absoluto contraste con el nuevo «Día de Cristo, se menciona en las epístolas de dos formas. *a*) los santos de la Iglesia reciben la garantía de que ellos no pertenecen a «aquel día». Éste es el «día de oscuridad, y no de luz» (Amós 5:18, 20; Joel 2:2; Sofonías 1:15), pero los creyentes reciben la seguridad: «Porque todos vosotros sois hijos de la luz, no somos de la noche ni de las tinieblas» (1.ª Tesalonicenses 5:1-8). Y el «día del Señor» es un día de ira (Sofonías 1:15), pero «Dios no nos ha puesto para ira» (1.ª Tesalonicenses 5:9). Y el «día del Señor» se dice que es el día del «hombre de pecado» (el «pequeño cuerno», la «abominación de la desolación» del discurso del monte de los Olivos, la «bestia que sale del mar» de Apocalipsis 13; y se dan las señales que precederán el «día del Señor».

De modo conciso, pues, el elemento profético en las epístolas tiene que ver con la apostasía de la Iglesia profesa; «el día de Cristo», el arrebatamiento de la verdadera Iglesia conforme a la nueva promesa (Juan 14:2, 3), seguido por la revelación del «hombre de pecado y el «día del Señor», en el cual la verdadera Iglesia no toma parte.

Y lo que es de tremenda importancia, en vista de las discusiones corrientes, es el hecho destacado de que ni una sola vez en las epístolas, que fueron escritas para la instrucción, aviso y ánimo de la Iglesia, de modo especial, se menciona la gran tribulación.

9

El Apocalipsis

El Apocalipsis recoge y lleva a su cumplimiento completo todas las visiones de todos los profetas referentes al futuro en cuanto estas promesas no fueron cumplidas con ocasión del primer advenimiento de Jesucristo. Además de lo que ya había sido dicho en la visión profética de las epístolas se revela aquí el futuro de la Iglesia desde finales del primer siglo hasta el fin del período de la Iglesia.

Tomando en orden las porciones predictivas del Apocalipsis son como sigue:

1. «Las cosas que son» (Apocalipsis 1:19), o sea, la visión de la historia en la tierra de la Iglesia visible o profesa.

Esta profecía se da en siete mensajes del Señor resucitado a las siete Iglesias escogidas entre las que entonces existían en la provincia romana de Asia. Poniéndolas en el orden en que aparecen en los mensajes (Apocalipsis 2 y 3) el estado espiritual promedio de toda la Iglesia profesa tal como ésta iba a desarrollarse históricamente. La prueba de la interpretación que dice que en los mensajes a las siete iglesias hay una historia en forma profética de la Iglesia visible, desde el final del período apostólico hasta su fin, es incontes-

table, puesto que consiste precisamente en la historia de la misma Iglesia. La Iglesia ha pasado por las condiciones descritas en los siete mensajes.

No se quiere decir que los mensajes no tuvieran otro propósito o no lo hayan tenido. Su uso primario era el revelar a aquellas Iglesias reales de los días de Juan, las cosas que el Señor aprobaba y desaprobaba de su condición. Es característico que Él mencione primero las cosas que aprobaba. Pero el Cristo en la gloria también reprende sin compasión aquellas que encuentra mal. En las promesas a los que vencen se dan poderosos estímulos a aquellos en las Iglesias que pueden vencer con respecto a los males que se muestra existen en la Iglesia en cuestión. Un nuevo uso de los mensajes es que por medio de ellos cualquier Iglesia local de cualquier edad, si realmente tiene interés en corregir y enmendar sus caminos, pueda poner a prueba su condición espiritual. Un tercer servicio de estos mensajes es que constituyen un despliegue tal de lo que Cristo piensa sobre la vida y el servicio que por ellos cualquier cristiano puede hacer el mensaje del todo personal y ponerse a prueba por el mismo.

Pero estos usos son secundarios. Los mensajes, ante todo, nos dan una visión panorámica con antelación de la historia de la Iglesia profesa. Es una forma divina de dar, al comienzo de algo nuevo que Dios esté haciendo en la tierra, una profecía que cubre su futuro. Cuando Israel está a punto de entrar en la tierra de promisión se bosqueja todo el futuro de la nación en los últimos capítulos del Deuteronomio. Se han cumplido al pie de la letra. Al comienzo de los tiempos de los gentiles Dios dio, en la visión de la estatua de Daniel 2 y en la visión de las cuatro bestias de Daniel 7, un panorama de la historia mundial llegando hasta un punto que no ha sido alcanzado todavía, y esta profecía se ha cumplido con absoluta precisión en los gran-

des imperios del mundo. Parecería extraño, pues, si no hubiera ninguna visión profética de la historia de la Iglesia.

Resumiendo los siete mensajes a las siete iglesias en Asia se puede decir que en el primero de los mensajes, el de Efeso, tenemos una descripción del estado general o promedio de la Iglesia hacia el fin del primer siglo. Todos los apóstoles, excepto Juan, habían sellado su fe con el martirio. En cuanto al vigor de su vida, la condición de la Iglesia era excelente. Abundaban las buenas obras, había celo por la pureza de la doctrina (Apocalipsis 2:23). Pero había tenido lugar un cambio y si no se arrepentían de él este cambio iba a resultar fatal. La Iglesia había dejado su primer amor. El motivo que impulsaba todo aquel servicio abundante se había cambiado desde la devoción a Cristo mismo (ver Juan 21:15-17) a celo por su «nombre» (versículo 3). Había una gran «causa» ahora, que era el cristianismo. Pero lo único que da valor al servicio es la devoción personal del primer amor, que no hay fervor ni celo en el servicio que pueda ocupar su lugar. «Vengo en seguida a ti y quitaré tu candelero de su lugar si no te arrepientes.»

El primer amor ha sido definido como «la completa satisfacción del corazón en su objeto». No hay ninguna prueba exterior del mismo. Sin duda, no hay obras ni aun «trabajo arduo», porque éste abundaba todavía en Efeso, en tanto que el motivo fuera «su nombre». el día de las «denominaciones» con sus requerimientos a la lealtad cristiana estaba todavía en el futuro distante. La grieta o resquebrajadura en el instrumento musical iba a hacerse mayor, pero ahora era, al parecer, todavía mínima. Era todavía posible arrepentirse y hacer las «primeras obras». Esto parece, sin duda, referirse a ganar almas.

El segundo mensaje, el de Esmirna (Apocalipsis

2:8-11), pertenece al período de la gran persecución sistemática que siguió al fin del período apostólico y duró hasta los siglos dos y tres. Las persecuciones implacables y crueles habían ido siguiendo al cristianismo por todo el Imperio romano a medida que iba extendiéndose, pero estos ataques contra la Iglesia naciente eran locales, esporádicos y, en general, instigados por los judíos. Pero durante los siglos dos y tres la persecudión pasó a ser persistente e inexorable por parte de la autoridad imperial, y en todas partes del Imperio romano, con miras a exterminar la nueva fe. Es conmovedor ver que este mensaje sólo tiene elogios. La gran Cabeza del cuerpo no iba a reprender a una Iglesia perseguida.

El tercer mensaje tiene una aplicación incofundible al tercer período de la historia de la Iglesia, los tiempos que siguieron a la supuesta conversión de Constantino, bajo el cual el cristianismo pasó a ser la religión de la corte. Ahora, en vez de ser la profesión de fe en Cristo la señal para la persecución pasó a ser una condición de preferencia y ventajas. Se bautizaron legiones enteras de soldados romanos sin que hubieran dado prueba alguna de haberse convertido. Los ingresos de los templos paganos se usaron para dotar obispados. De modo especial había un gran celo por la doctrina correcta, al mismo tiempo que un profundo desvío de la simplicidad apostólica en el orden de la Iglesia. Es el período de los grandes credos.

¡Qué apropiado es el mensaje! «Sé tus obras y donde habitas está el trono de Satanás.» ¡Ay!, la Iglesia «extranjera y peregrina» no sólo había dejado el primer amor, sino que, no curada por los fuegos de la persecución, había pasado a ser «residente en la tierra». Es más, y peor aún, se había establecido en el «mundo». «Donde está el trono de Satanás.» Satanás no reina en el infierno, éste es el lugar de su castigo eterno

(Apocalipsis 20:10). Es «el príncipe» y «dios» de este mundo (Juan 14:30; 2.ª Corintios 4:4). Es el sistema del mundo organizado bajo los principios de Satán de la avaricia, el orgullo, la fuerza bruta, la ambición, no el «mundo» de los hombres y de la naturaleza, en el cual la Iglesia se había establecido hacia el siglo cuarto.

El cuarto mensaje nos presenta una condición que es la consecuancia inevitable del estado descrito en el mensaje a Pérgamo. Si el cristianismo tal como está representado por la Iglesia profesa ha de establecerse en el mundo, tiene que ajustarse a sí mismo a las condiciones del mundo. Tiene que reclamar autoridad para enseñar y gobernar. Y esto es precisamente lo que ocurrió históricamente en los siglos siguientes a la supuesta conversión de Constantino hasta que la poderosa voz de Lutero volvió a llamar a los hombres a la Biblia. Tiatira tiene todas y cada una de las marcas esenciales de la apostasía romana. Conspicua en la caridad y «las obras» y en modo alguno sin fe, si bien niega su suficiencia para la salvación Roma ha sido una verdadera Jezabel introduciendo prácticas paganas en su ritual, asumiendo estados nacionales y persiguiendo a la verdadera Iglesia (1.ª Reyes 21:257.

El mensaje, sin embargo, reconoce en esta masa de profesión apóstata un «remanente» (versículo 247 de creyentes genuinos y es a este remanente que el Cristo levantado renueva la nueva promesa de su venida, la promesa del aposento alto: «Y le daré la estrella de la mañana» (versículo 28). En la antigua promesa, la que se da a Israel, su retorno es asimilado a la salida del sol (Malaquías 4:2). Pero en la naturaleza parece haber algo que precede a la salida del sol: es la estrella de la mañana. En Malaquías la salida «del sol de justicia» introduce el terrible «día del Señor» «ardiente como un horno» (Malaquías 4:1), pero los creyentes no han sido «puestos para ira» (1.ª Tesalonicenses 5:9), y los

verdaderos creyentes, incluso en Tiatira, van a recibir «la estrella de la mañana».

El quinto mensaje, el de Sardis (Apocalipsis 3:1-6) habla de la reforma protestante, porque históricamente fue la que dio fin a la larga noche de las épocas de oscuridad. La palabra clave es «No he hallado tus obras perfectas delante de Dios» (es decir «cumplidas». Hubo una detención notable en el progreso del movimiento de la reforma que ha llamado la atención de los historiadores seculares del período. Macaulay habla del «hecho singular» de que habiendo ganado casi la mitad de Europa la reforma no sólo se detuvo en sus ganancias, sino que perdió casi la mitad de lo que había ganado. La explicación hay que hallarla en el hecho que casi inmediatamente el movimiento perdió su unidad. Siguiendo a líderes humanos se dividió en sectas marcadas por un espíritu de controversia y acerbidad, y no es de extrañar que la obra encomendada a la Iglesia, la de evangelizar al mundo, fuera olvidada. Olvidada también quedó la esperanza y la expectativa del retorno del Señor hasta que la esperanza distintiva de la Iglesia (Juan 14:1-3; 1.ª Tesalonicenses 4:14-17) llegó a confundirse con la expectativa judía y toda la doctrina cayó en el descuido y acabó abandonándose. De ahí el aviso: «Pues si no velas vendré a ti como ladrón y no conoces de ningún modo a qué hora vendré sobre ti.» Es significativo también a la luz de las condiciones presentes la debilitación de la antigua fe en la autoridad de la Biblia, y el decaimiento de la doctrina es la advertencia: «Sé vigilante y consolida lo que queda, lo que está a punto de morir... Recuerda, pues, cómo has recibido y oíste, y sigue guardándolo.» El protestantismo, en la gracia de Dios, ha recibido la Biblia abierta, siempre en cualquier estado de la Iglesia, el único recurso de la fe.

Los dos mensajes que quedan, el de Filadelfia y el

mensaje final a Laodicea (Apocalipsis 3:7-13; 3:14-22), evidentemente, presentan el doble estado del protestantismo al final: un estado que se halla no en alguna denominación, sino en todas las denominaciones. En todas ellas hay filadelfianos; en todas ellas hay laodicenos. Y de nuevo la interpretación que halla en los mensajes a Filadelfia y a Laodicea, cuadros proféticos del estado de las Iglesias protestantes al final del período de la Iglesia, queda confirmado por los hechos que son indiscutibles. Lo que se profetiza en ellos ha ocurrido realmente. No meramente en alguna denominación, sino en cada Iglesia local hay esta división entre los pocos que oran y dan testimonio y obran, y la mayoría que no hacen nada de ello. ¿Qué proporción de miembros en cada Iglesia asiste, de modo regular, a las reuniones de oración y misioneras o han traído algún pecador a Cristo?

En el mensaje los que pertenecen a Filadelfia se caracteriza por la fe «Has guardado mi palabra y no has negado mi nombre», y por el hecho que «tienes poca fuerza». A los tales, al final, se les promete una puerta abierta para el servicio y el quedar exento de la gran tribulación: «Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia yo también te guardaré de la hora de la prueba que está para venir sobre el mundo entero para probar a los que moran sobre la tierra.»

Es notable, incluso aparte de esta promesa específica, que alguien pueda suponer que sea posible, a la luz de las Escrituras, que la verdadera Iglesia pase por la gran tribulación (Mateo 24:21; Jeremías 30:4-7). La Iglesia conoce mucha tribulación (Apocalipsis 14:22; 1.ª Pedro 4:12-19; Santiago 5:1-9), pero la gran tribulación no se menciona en relación con la primera resurrección; no se menciona en relación con la partida de la Iglesia para recibir al Señor en el aire (1.ª Tesalonicenses 4:14-17); no se menciona nunca en las epístolas,

las cuales fueron escritas para la instrucción de la Iglesia. Al contrario, la gran tribulación es a la vez juicio e ira y a la Iglesia se le ha prometido exención de las dos (Apocalipsis 14:15, 16; 15:7, 8; 16:1-21; 1.ª Tesalonicenses 5:1-9; Juan 5:24). Y quizá todavía de modo más concluyente, en las porciones del Apocalipsis que describen con curiosa minuciosidad los sucesos que constituyen la gran tribulación, la Iglesia no se menciona ni una vez. La razón es evidente: la verdadera Iglesia está con el Señor y la masa de los profesos de tipo de Laodicea, por completo apóstatas, no es llamada ya Iglesia, sino «Babilonia».

El espíritu de Laodicea es de jactancia y orgullo en el número y en la aparente prosperidad externa de la Iglesia. Con todo su optimismo sin base hay una ceguera completa a la falta de espiritualidad real de la masa de miembros de Iglesia profesos. Porque dices: «Y son rico y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad, y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.»

El resultado es la tibieza y, al fin, el rechazo por parte del Señor, el cual dice con asco: «Por cuanto no eres frío ni caliente voy a vomitarte de mi boca.»

Quitados los verdaderos creyentes que han guardado su palabra y que no han negado su nombre antes de la gran tribulación (Apocalipsis 3:10; 1.ª Tesalonicenses 4:14-17), la masa tibia y meramente profesa de los que pertencen a Laodicea es abandonada a los horrores de la gran tribulación.

10

Los últimos siete años de la edad

El ángel Gabriel dio al profeta Daniel, el profeta de los «tiempos de los gentiles» una relación del tiempo desde el primer año de Darío el Meda, primer rey del segundo imperio o medopersa (538 a. C.), al pleno establecimiento del reinado celestial del Mesías (Daniel 9:1, 20-27). La medida se da en una serie de sietes y de éstos hay setenta (Daniel 9:24). La palabra «semanas» no se halla en el original, el cual habla solamente de setenta sietes. Pero el proceso de cumplimiento asegura que la palabra «semanas», esto es, semanas de años —siete años por semana» es correcto. En otras palabras, había 490 años de tratos de Dios con su pueblo escogido que habían de interponerse entre 538 a. C. y la consumación de sus tratos en el establecimiento del reino. Pero la profecía no nos dice, ni se puede inferir de ella, que estos tratos divinos habían de ser continuos, es decir, sin ninguna interrupción.

En realidad se anuncian ciertas divisiones de tiempo de modo claro. Hay primero el período de siete años = 49 años durante los cuales Jerusalén había de ser reconstruida, y esto se cumplió, como nos cuentan

Esdras y Nehemías. Segundo, había el período de sesenta y dos semanas = 434 años, «hasta que se quitara la vida al Mesías». Y esto también se cumplió de modo exacto, según la cronología bíblica. Toda confusión que haya existido sobre este punto ha sido debida a seguir la cronología ptolemaica en vez de la bíblica, como ha mostrado Anstey en su «Romance of Biblical Chronology» (Association Press, New York City).

Pero queda todavía un siete final o semana que falta para completar los 490 años de los tratos divinos con el pueblo de Daniel. «Para acabar con las prevaricaciones y poner fin al pecado y expiar la iniquidad para traer la justicia perdurable y sellar la visión y la profecía y ungir al Santo de los santos.» Pero esta consumación es obra del reino, como sabemos por el abundante testimonio de los profetas.

Por tanto estamos frente a la pregunta: ¿Por qué el cumplimiento de la profecía de las setenta semanas se para con el hecho de quitar la vida al Mesías al fin de la semana sesenta y nueve? Es una pregunta que tiene que contestar todo plan aceptable de interpretación profética.

La respuesta bíblica se halla en la revelación de nuestro Señor referente a su partida, retorno y ciertos «misterios del reino de los cielos» (esto es, secretos divinos, escondidos hasta entonces, pero que ahora han sido revelados», los cuales tienen que cumplirse durante su ausencia. Estos «misterios» se recogen en el capítulo trece de Mateo. En ellos se hace evidente que los sucesos de la semana setenta de Daniel, o sea, los últimos siete años, constituyen un trato aplazado, la semana setenta, de siete años, es aplazada y separada de la sesenta y nueve, y el intervalo, ya de mil novecientos años de duración, es el período durante el cual los dos grandes secretos divinos, la llamada de la Iglesia y los misterios del reino de los cielos, siguen su cur-

so. Los dos parecen haberse cumplido casi. Si esto es verdad la semana setenta de Daniel se halla ya en el mismo horizonte.

Es significativo que nuestro Señor, en su gran discurso profético del monte de los Olivos, cuando alcanza el fin de los tiempos cite y confirme a Daniel. No es el método de Dios el desacreditar a sus profetas. «Cuando veáis la abominación de la desolación (de que habló el profeta Daniel) erigida donde no debe (el que está leyendo que lo entienda), etc. (Marcos 14:14).

Volviendo, pues, a Daniel, en el capítulo nueve, hallamos: «Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías y no por Él mismo, y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario, y su fin será en una inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones» (versículo 6).

Aquí nos hallamos en el terreno firme de la profecía cumplida. Después de serle quitada la vida al Mesías, profecía cumplida en la crucifixión de Cristo, los romanos sitiaron Jerusalén y destruyeron la ciudad y el templo, tal como habían predicho Daniel y nuestro Señor. Pero el pasaje citado va más allá. Ha de venir un «príncipe» que será «la abominación». Y ahora sabemos de dónde ha de venir, porque fue su «pueblo», los romanos, que fueron los destruidores. Por tanto, no será ruso ni alemán, porque Roma no reinaba entonces en estas regiones, ni será judío.

Y habiendo mencionado al hombre que se proyecta de modo tan importante en todas las profecías de la consumación de la edad que sigue al hecho de serle quitada la vida al Mesías, el Espíritu llevó a Daniel directamente a través de los siglos hasta el «fin», esto es, a los sucesos de la semana setenta que había sido aplazada.

«Y hasta el fin de la guerra habrá desolaciones»

(versículo 26), o en otra traducción: «Y hasta el fin de habrá guerra; las desolaciones han sido determinadas.»

El «fin» de Daniel, como deja claro una lectura cuidadosa del pasaje, no es un instante de tiempo, sino un período de tiempo, la semana setenta, esto es, los últimos siete años de esta edad. Hasta este fin, digan lo que quieran los optimistas, «habrá guerra». Y así ha sido desde la fecha de la profecía de las setenta semanas, el año 538 a. C. hasta este año presente: ¡2.454 años de guerra!

Habiendo presentado «al príncipe que vendrá» la profecía de las setenta semanas añade una palabra respecto a sus actos: «Y hará que se concierte un pacto con muchos por una semana; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda, y en el ala del templo estará la abominación horrible hasta que la ruina (ira) decretada se derrame sobre el desolador» (Daniel 9:27). Esta «ira» nuestro Señor la interpreta: «Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás» (Mateo 24; 21). Y la abominación máxima o suprema del «príncipe que ha de venir» es algo que hace él en «el lugar santo». Lo que es esta abominación suprema lo vemos detallado en las palabras de 2.ª Tesalonicenses 2:1-10: «Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo y nuestra reunión con él os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar ni os alarméis ni por espíritu ni por palabra ni por carta, como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor ha llegado. Nadie os engañe en ninguna manera, porque no vendrá sin que antes venga la apostasía y sea revelado el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se exalta sobre todo lo que se llama Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que

cuando yo estaba todavía con vosotros os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene a fin de que, a su debido tiempo, sea revelado. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad, sólo que hay quien al presente lo detiene hasta que él a su vez desaparezca de en medio. Y entonces será revelado aquel inicuo a quien el Señor matará con el espíritu de su boca y lo reducirá a la impotencia con la manifestación de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por la actuación de Satanás, con todo poder y señales y prodigios mentirosos y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos.»

«El príncipe que ha de venir» de Daniel, la «abominación» según nuestro Señor, y el «hombre de pecado» de Pablo, todos ellos se refieren a la misma persona. Es un gobernante en la soberanía política sobre regiones que incluyen Jerusalén, porque hace un pacto con «muchos» y sólo pueden ser judíos no creyentes, en Jerusalén, los que permitan la restauración del servicio del templo (el sacrificio y la ofrenda, Daniel 9:27), durante una «semana». Este pacto él lo quebranta en medio de la semana y llega al máximo en sus abominaciones al entrar en el lugar santo del templo restaurado y exigir adoración de los hombres. A partir de este momento empieza la «gran tribulación» (Mateo 24:21), y siguen su curso los terribles tres años y medio, el resto o segunda mitad de la «semana» setenta de Daniel (Daniel 12:11; Jeremías 30:7; Daniel 12:1; Mateo 24:21). Los últimos siete años de la edad presente, pues, son testigos del levantamiento, reinado y destrucción de este terrible individuo al que nos hemos referido.

Pero antes de la visión de las setenta semanas este persona ya había sido revelado en Daniel. En la visión de las cuatro bestias de Daniel 7 aparece como el «pe-

queño cuerno». Todo el curso de los «tiempos de los gentiles» (Lucas 21:24), que fue mostrado al rey Nabucodonosor como una estatua impotente, es revelado a Daniel bajo la semejanza de cuatro bestias que corresponden a los cuatro imperios mundiales de la visión de la estatua, pero exponiendo la verdadera naturaleza del gobierno mundial de los gentiles como rapaz e insaciable. Siguiendo los cuatro imperios, pero en cierto sentido como continuación de ellos o revitalización del cuarto o imperio romano, Daniel ve a diez reyes (7:7, 24): «Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes.» Pero Daniel, de modo particular, conocería la verdad respecto al pequeño cuerno que salió de entre ellos y «delante del cual fueron arrancados tres cuernos de los primeros, y he aquí que este cuerno tenía ojos como de hombre y una boca que hablaba con arrogancia» (Daniel 7:8).

Se le dice a Daniel que este «pequeño cuerno» es un rey que se ha de levantar después de haber empezado el reino de los otros diez reinos en los cuales se había dividido el antiguo Imperio romano en los tiempos del fin, el cual «será diferente de los primeros y derribará a tres reyes. Y hablarán palabras contra el Altísimo y tratará duramente a los santos del Altísimo» (los judíos, según muestra esta expresión); esta visión termina con la destrucción del «pequeño cuerno» y el establecimiento del reino del cielo.

El Apocalipsis, en obediencia a la orden recibida por Juan, el apóstol, de «escribir las cosas que has visto y las cosas que son y las cosas que han de ser después de éstas» (Apocalipsis 1:19), se divide en tres partes y éstas, a su vez, en subdivisiones.

La primera, o sea, «las cosas que has visto» son el primer capítulo. «Las cosas que son», las iglesias de Asia, puestas en un orden que es profético de toda la

historia de la Iglesia sobre la tierra, son los capítulos 2 y 3.

Sin embargo, es la tercera parte la que ocupa la mayor parte del Apocalipsis. Esta parte es indicada en el mandato de escribir por las palabras: «las cosas que han de ser después de éstas», esto es, después de las iglesias. El período de la Iglesia termina con Tiatira (el romanismo), Filadelfia (los verdaderos creyentes de las iglesias protestantes) y Laodicea (la masa de meros profesos en el protestantismo) que está a la vista. En Roma hay un «remanente» (Apocalipsis 2:24) de verdaderos creyentes. Éstos, junto con los creyentes de Filadelfia de todas las Iglesias protestantes, son arrebatados para recibir al Señor en el aire (Juan 14:1-3; 1.ª Corintios 15:51, 52; 1.ª Tesalonicenses 4:14-17; Apocalipsis 2:24-29; 4-1), dejando con ello en la tierra para que pase por la gran tribulación, la gran masa de meros cristianos profesos, sean católicos o protestantes. Luego siguen «las cosas que han de ser» deducidos unos pocos pasajes parentéticos que no tienen nada que ver con el relato.

Y éstas son las mismas cosas que profetizó Daniel con respecto al fin de los «tiempos de los gentiles», el fin de los tiempos de esta edad. La diferencia esencial es que la visión de Patmós entra en mucho más detalle. La figura central es todavía el «príncipe que ha de venir», el «pequeño cuerno», la «abominación», el «hombre de pecado», pero que aquí es la «bestia» (Apocalipsis 13:1-7).

En este gran cuadro profético del fin vuelven a aparecer los símbolos que ya habían aparecido en Daniel, los cuales adquieren significados definidos. Tenemos de nuevo el poder del mundo en diez reinos, así como tenemos a éstos federados en un imperio, el cual, como en Daniel 7, es llamado «bestia» (compárese Daniel 7:3, 5, 7; Apocalipsis 13:1-3), y una «bestia» o empera-

dor que gobierna sobre el restaurado imperio o «Bestia» (Daniel 7:8; Apocalipsis 13:4-8). Como en Daniel, la duración de su pleno poder es de «cuarenta y dos meses» (Daniel 7:25: Apocalipsis 13:5).

El Apocalipsis nos da también el pleno detalle de lo que hace de la gran tribulación un tiempo de horrores sin paralelo. La odiosa tiranía de la bestia, a quien ha sido dado el poder pleno de Satanás y que es ayudado por el anticristo, la «bestia que sale de la tierra» (Apocalipsis 13:2-17), no es sino un elemento más en estos horrores. Ya están sobre la tierra los juicios de las «trompetas» y ahora, al comienzo de la última mitad de la semana setenta de Daniel, los últimos tres años y medio de la gran tribulación son derramados «sobre la tierra», las siete «copas de la ira de Dios» (Apocalipsis 16:1-21). Y en este hecho sólo, el que la gran tribulación sea una manifestación de la ira de Dios sobre la tierra, hay una prueba concluyente de que la Iglesia ya no está sobre la tierra, porque la Iglesia no ha «sido puesta para ira».

Hay que recordar que estos juicios sobre la tierra y las naciones no tienen nada que ver con los individuos como tales. Las potencias del mundo son criaturas del tiempo, como organizaciones nacionales son meros arreglos humanos. Por tanto, si hay que llevarlas a la justicia de Dios su juicio ha de venir no en la eternidad, sino en el tiempo. Todas caen durante la gran tribulación.

A estos se añaden «los espíritus de los demonios que hacen señales» (Apocalipsis 16:14, compárese con 2.ª Tesalonicenses 2:9, 10).

Una visión completa del fin de los tiempos de la edad tiene que incluir, además de la reconstrucción del Imperio romano en diez reinos federados bajo el emperador-bestia, la organización religiosa llamada en el Apocalipsis «Babilonia». Será Laodicea y Tiatira,

el protestantismo y el romanismo después que los verdaderos creyentes de ambos hayan sido arrebatados para recibir al Señor en el aire (1.ª Tesalonicenses 4:14-17). Babilonia es igual a «confusión» y consiste en la mezlca de unos y otros en una gran Iglesia mundial. Muchas voces influyentes están pidiendo ahora esta unión: el sacrificio de la verdad a lo que parece conveniencia. Es la bestia y sus reyes asociados que se lanzan sobre «Babilonia» y la destrozan. La bestia no tolera ningún culto rival, aunque se trate de sólo forma (Apocalipsis 17:1-18; 18:1-24).

Pero completamente aparte de «Babilonia» habrá el fin de los tiempos, un testimonio verdadero de Dios y de su Cristo sobre la tierra. Estos verdaderos testigos aparecen en el capítulo siete del Apocalipsis. Se revela primero un remanente judío que es sellado, y después de esto «una gran multitud, cuyo número nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas». En el versículo 14 se afirma de modo específico que «éstos son los que han venido procedentes de la gran tribulación».

El final de los últimos días de esta edad queda envuelto hasta cierto punto en la oscuridad en las palabras de la profecía. Es posible que esto sea el método designado para imprimir en nuestra mente el hecho que los tiempos de los gentiles y esta edad presente van a terminar en un torbellino de confusión. Juntando los pasajes de los profetas del Antiguo Testamento que de modo evidente se refieren a la gran tribulación y a Armagedón (Jeremías 30:4-7; Daniel 12:1; Mateo 24:21; Joel 2:11; Isaías 10:28; 29:3; Miqueas 1:6; Joel 3:9; Apocalipsis 18:11-21), y los pasajes del Nuevo Testamento que cubren el mismo terreno se puede discernir lo siguiente: «Babilonia», la Iglesia mundial apóstata, ha sido destruida por el poder civil a cuyo frente se halla el emperador-bestia. No se permite que nadie

pueda prosperar a menos que adore a la bestia y a su imagen (Apocalipsis 13:16, 17). Hay otro despotismo eclesiástico, porque todo el poder es concedido al anticristo, el «falso profeta» para que obligue a todos a adorar a la bestia (Apocalipsis 13:12). Los santos de Apocalipsis 7, especialmente el remanente sellado de todas las tribus que se han vuelto a Jesús como el Mesías, es perseguido con furor.

Hay una invasión de la tierra santa desde el norte. Las palabras «Gog y Magog», con designaciones geográficas que parecen garantizar esta conclusión (Ezequiel 38:28), hecha por parte de muchos, de que Rusia capitanea esta invasión. No es imposible, ni mucho menos, que el Japón y quizá la China contribuyan a las huestes invasoras. La bestia y su poder parecen ser al principio los objetos de esta invasión. Las huestes se aproximan a Jerusalén (Isaías 10:28-34). Es entonces que la oscuridad se hace más densa, porque en la escena final la bestia y el falso profeta, con sus ejércitos, luchan, junto con los invasores, contra los ejércitos del cielo dirigidos por el Mesías en su gloria. Esto es Armagedón. Es no sólo el fin de la bestia y de su sistema, sino de todo el poder en el mundo por parte de los gentiles. Es posible que haya señales en los cielos que causen su impacto, tanto en los invasores como en la bestia, que los lancen a una súbita confederación contra Dios. En cuanto al hecho que ha llegado el fin de la supremacía gentil, esto queda claro no en oscuridad. El escenario terrestre ha quedado limpio y dispuesto para el reino de Jesucristo.

11

La edad de oro de la tierra

Hay algo inmortal en el corazón de la humanidad. Algunas veces va acompañado de una expectativa decepcionada. Se han intentado panaceas para los males de la tierra y han fallado. A veces se expresa en palabras: «¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo!» Algunas veces es un grito en las tinieblas; a veces reluce con fe.

Es la creencia de que tiene que haber todavía para esta tierra una vida, una vida ordenada y corporativa, una vida no para los afortunados y poderosos, sino una vida para todos, que sea rica en verdad, justicia, poder y amor. Innumerables siglos de mentira, injusticia, debilidad y odio no han podido extinguir esto que está en el corazón de la humanidad.

Y una y otra vez ha habido hombres reflexivos y sabios que se han esforzado en darle forma, decir qué es aquello por lo que el corazón de la humanidad suspira, y Platón escribió su «República» y Campanella su «Ciudad del Sol» y Sir Thomas Moore su «Utopía» y Bacon su «New Atlantis» y Harrington su «Oceana». Y a pesar de lo escrito el tiempo va pasando y todavía, como antes de años de guerra, reina el fuerte sobre el débil y las ilusiones de un optimismo superficial han de dejar paso a la cruda realidad, a menos que se cie-

rren los ojos. Estos «optimistas» juegan con la paz, cuando no hay paz, y no quieren ver que los males de los que nos han de salvar los filósofos son tan viejos como la raza.

No hay ningún misterio en absoluto respecto a estos males. El ladrillo más viejo hasta hoy sacado de un tumulto mesopotámico nos da cuenta de la misma ambición, orgullo, codicia, que está escribiendo la historia de nuestros días. Y dejamos en paz los hermosos sueños de Platón y de los otros sabiendo perfectamente que es imposible que se realicen y, aunque esto ocurriera, acabarían sentenciados a muerte por algún superhombre o la astucia de unos pocos poderosos que se levantarían.

Y no sólo quedan sin cambiar los hechos, sino que estamos absolutamente al final de nuestros recursos. Todos los métodos por los que la raza ha procurado realizar la visión inmortal han sido apurados y han fallado. Las formas de gobierno, desde el despotismo a la democracia, la educación —son las naciones más educadas del mundo las que hoy están enzarzadas en la más brutal de las guerras—, la legislación, incluso la «religión», han dejado los factores mundiales sin cambio alguno.

La futilidad de las comunidades ideales de Platón y de los otros es precisamente la futilidad de todo optimismo superficial, la noción de que los hombres puedan renunciar a su ambición, codicia y orgullo para el bien común. Leemos sus utopías con tristeza.

La raza, después de todo, es una, y es una clase de lógica corporativa la que mantiene la esperanza de una edad de oro viva en la mente humana universal. Es la convicción, vaga e indefinida, pero real, de que la sabiduría y el poder divinos en el experimento humano requieren una vindicación majestuosa, una vindicación que sólo puede tener lugar por medio de un reino de justicia y de amor en el orden social humano.

¿Por qué se ha de considerar increíble que Dios, que volvió a crear la tierra y puso en ella al hombre con plena autoridad sobre la obra de sus manos, haya de volver, al fin del inmenso drama de la historia humana, a su idea y propósito original? Se olvida con demasiada facilidad que hay un «segundo hombre» u otro Adán, el «último». Es posible que alguien se pregunte: ¿Por qué un «segundo hombre»? ¿Por qué otro «Adán»?, y exija una respuesta en términos más amplios de los que ha hallado la teología hasta ahora, una respuesta de amplitud y grandeza cósmicas.

Pues bien, es precisamente ésta la respuesta de las Escrituras. No en Platón ni en los vedas ni en el pensamiento de Max Muller, y menos en el de Hesíodo es donde hemos de buscar la verdadera teogonía de la raza, la solución del esfuerzo patético, condenado siempre a un fallo trágico de la raza para cumplir su propio destino en lo que Pablo llama de modo magnífico «la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Romanos 8:21).

Porque lo que es un ideal intelectual, un impulso hacia el orden social perfecto en la mente de la raza y que ha buscado expresión en las utopías, destaca bien claro en las Escrituras como un propósito revelado de Dios. La edad de oro es garantizada por los pactos y las promesas del Todopoderoso.

Indudablemente todo el tema ha pasado a ser una ofensa para muchos estudiosos, estudiosos sinceros y bien intencionados de la Biblia, por la concepción exclusivamente judía de «la edad que ha de venir», que algunos presentan en controversias sobre ella.

Que la edad venidera ha de cumplir el pacto davídico del reinado terrenal del Mesías tal como lo explica la profecía y lo confirma el juramento de Jehová y el mensaje por medio de Gabriel, es algo totalmente

cierto. Pero el Nuevo Testamento eleva el propósito y la obra de la edad venidera a una amplitud y una majestad mucho más allá que las promesas a Israel, aunque incluya, es más, descansa, sobre estas promesas. Porque el pensamiento y la palabra de Dios siempre tienen un contenido más interno y amplio que el que aparece a la superficie. Hay sorpresas perpetuas en la interpretación de las Escrituras por las Escrituras, cuando el estudioso sigue el despliegue progresivo de la voluntad de Dios.

El pacto davídico se ha de cumplir verdaderamente en la edad venidera, pero se cumple algo muchísimo más amplio, el destino de la raza.

El testimonio de las Escrituras a esta gran consumación puede resumirse como sigue: Es bueno recordar que todas las respuestas a las preguntas referentes a la edad venidera han de ser sacadas de las Escrituras. Si ha de haber todavía otra edad o un período de tiempo apartado para tratos especiales con Dios para la raza humana, nuestra única fuente de conocimiento posible es la Biblia.

La enseñanza tradicional, en la cual la teología protestante sigue a la de Roma, afirma una conversión completa del mundo en esta edad presente, seguida de un retorno de Cristo, la resurrección de los muertos, el juicio del «gran trono blanco» y el estado eterno.

Pero esta edad presente la describe nuestro Señor en términos que excluyen de modo absoluto la posibilidad de una conversión universal. El trigo y la cizaña crecen juntos hasta la cosecha, y la cizaña no es meramente hombres no salvos en este mundo, sino hombres no salvos en la misma esfera de su profesión de fe: «entre el trigo». Son tan semejantes a los verdaderos creyentes que «los siervos» no pueden obtener el permiso de «arrancarlos». Los peces buenos y los malos se hallan juntamente en la red del Evangelio. Y se afirma

de modo específico que la «cosecha es al fin de la edad» (Mateo 13:28-30, 37-43, 49, 50). En el mismo sentido hay el cuadro de la edad presente y de su fin en las parábolas del fin de los tiempos, que es hecho semejante a Sodoma y Gomorra y al diluvio.

Pero especialmente en el discurso del monte de los Olivos (Mateo 24:30), nuestro Señor se dirige a la misma tarea de describir la edad, su fin y los sucesos que siguen al fin. Hay guerras, pestilencias, hambres, falsos Cristos y persecuciones que persisten durante la edad y se elevan a su máxima potencia al fin, que es la «gran tribulación».

Ya en esta edad están presentes los medios que de ser recibidos salvarían toda su alma humana: la gracia de Dios y el poder de convicción, regenerador y santificador del Espíritu Santo. Pero la fe no es obligatoria y casi dos mil años de predicación han demostrado que tal como la edad comenzó con una llamada para «tomar de entre los gentiles un pueblo para su nombre» (Hechos 15:14), así ha continuado. Se han ganado gloriosas victorias para Cristo, pero nunca, en parte alguna, se han convertido todos los que la han escuchado. La edad termina en una catástrofe, en Armagedón, y el retorno del Señor en gloria, en el juicio de las naciones gentiles vivas, preparatorio del reino, en el recogimiento del Israel disperso y en el restablecimiento de la monarquía davídica en la persona de Jesucristo, el Hijo de David (Mateo 1:1; Lucas 1:30-33; Hechos 15:14-17). El testimonio de las Escrituras referente a la edad a venir puede ser resumido así:

1. Esta edad es predicha de modo definido en los textos siguientes de las Escrituras: Mateo 12:32; Marcos 10:30 con Lucas 18:30; Lucas 20:35; Efesios 1:21; Hebreos 6:5. En todos estos pasajes la palabra griega *aion*, transliterada a nuestras lenguas por «eon» es traducida en muchas versiones por la palabra «mundo».

Nunca significa «mundo», sino que, de modo invariable, tanto en las Escrituras como en el griego clásico, significa «edad, dispensación». Esto puede verse en cualquier léxico. Así también todo diccionario define a «eon» de esta manera. Bengel dice con razón: «El reloj de la tierra se mide por los eones del cielo.»

2.La edad venidera es introducida por el retorno del Señor en poder y gloria. Viene acompañado por los hijos de Dios, también en gloria. Estos hijos de Dios son los que le han «recibido» durante esta edad (Juan 1:12, 13), y que, si están durmiendo en el Señor serán resucitados en «cuerpos conformados al de la gloria suya» (Filipenses 3, 20, 21), si están vivos serán «transformados» a la misma semejanza (1.ª Corintios 15:51, 52) y arrebatados para «recibir al Señor en el aire» (1.ª Tesalonicenses 4:14-17); antes de la gran tribulación esta «hora de tentación ha de venir al mundo» (Apocalipsis 3:10). Hay cuatro sucesos que marcan el comienzo de la edad venidera. *a*) el arrebatamiento de la Iglesia para recibir al Señor en el aire (1.ª Tesalonicenses 4:14- 17). *b*) el juicio de las naciones gentiles vivas que durante cerca de treinta siglos han mal gobernado la tierra con su codicia, orgullo y guerras incesantes (Mateo 25:31-467. *c*) el recogimiento del pueblo elegido de Dios, Israel (Deuteronomio 30:1-10; Mateo 24:30, 31). *d*) la conversión de Israel (Zacarías 12:10; Ezequiel 20:33-38; Romanos 11:25-27). *e*) el relleno de la tierra con el conocimiento de la gloria del Señor (Isaías 11:9; Habacuc 2:14; Hechos 15:16, 17).

3. La «justicia», que es una palabra clave ética de la edad venidera, es simplemente el obrar rectamente. Las descripciones proféticas de la edad sorprenden a uno que no está acostumbrado a los altos estándares espirituales de las epístolas, el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22, 23). La «justicia» práctica de la edad venidera se expresa de modo sumario en Miqueas 6:8: «Oh,

hombre, te ha sido declarado lo que es bueno y que pide Jehová de ti; solamente hacer justicia y amar la misericordia y caminar humildemente ante tu Dios» (Zacarías 7:9, 10; 8:15-17).

El fin de las guerras, la protección de los pobres, las viudas y los huérfanos (Salmos 72:2-4, 12-15), las demandas inflexibles de obrar rectamente, serán puestas en vigor con un poder irresistible. Es la edad de la «vara de hierro». Sea cual sea el modo de pensar del hombre tiene que hacer lo recto o morir (Isaías 11:4; Salmo 2:9; Apocalipsis 2:27). La justicia es inflexible y puesta en vigor de modo inexorable: «Nadie dañará ni destruirá en todo mi santo monte.»

4. Los poderes invisibles del mal, capitaneados por Satán, son eliminados de la escena (Apocalipsis 20:1-3) durante todo este período.

5. Con ocasión de su primer advenimiento, cuando predicaba a Israel que el reino se había acercado (Mateo 4:17, 10:5-7), nuestro Señor demostrá en siete grandes milagros su poder sobre todas las consecuencias temporales del pecado (así como sobre las eternas). Curó a leprosos, un tipo asqueroso del pecado incurable al poder humano; la parálisis, la impotencia del pecado, la fiebre, o sea, la inquietud del pecado; calmó una tempestad, con lo cual demostró su poder sobre la naturaleza; echó fuera a demonios; resucitó a muertos y curó a ciegos. Con una plena manifestación y despliegue de estos poderes la edad venidera será de salud y de longevidad restaurada (Isaías 65:18-20).

6. Pero éstos son aspectos meramente fundacionales y administrativos de la edad venidera. Son, en su mayor parte, negativos; el echar las causas presentes de degeneración y de enfermedad, pero son esenciales a lo que es, constructivamente, la gloria de la edad venidera. Porque esta edad es testimonio del nuevo nacimiento (2.ª Pedro 1:4), y de la misma vida eterna del

Hijo de Dios (Juan 3:16, 6:47; Colosenses 3:4; 1.ª Juan 5:11, 12), son «coherederos» con Él, que es «heredero de todas las cosas» (Romanos 8:17; Colosenses 1:16; Hebreos 1:2). Como Él estaba velado en la carne de su humillación de modo que sólo la fe le discernía como Hijo de Dios, también los hijos de Dios están velados: «el mundo no os conoce» (1.ª Juan 3:1).

Pero esto no es todo. La creación, hecha para el Hijo y los hijos de Dios, siguiendo el curso del «primer hombre de Adán» (1.ª Corintios 15:45), ha sido «sujeta a vanidad» (vaciamiento de los objetos reales de la creación) (Romanos 8:20; Eclesiastés 1:4-8). Desde la entrada hasta el mismo fin de la edad presente, la creación, hecha para los hijos de Dios, «espera» la revelación de los hijos de Dios. La naturaleza no renuncia a sus grandes fuerzas al hombre, por su avaricia, su implacabilidad en el uso de su poder, su distribución desigual de sus beneficios. No podemos alcanzar con la imaginación tan sólo una concepción de las reservas de la naturaleza, que nunca han de ser entregadas excepto a su Heredero y a sus coherederos. Hasta que éstos sean «revelados» y actúen la creación «espera».

En ningún punto dice tanto la revelación, aunque lo hace con una reserva impenetrable de la edad maravillosa hasta lo inconcebible que espera a la humanidad, como en Romanos 8:18-23 con Hebreos 2:1-13.

Indudablemente todavía están continuando los «tres gemidos» de Romanos 8:22-26. Todos los descubrimientos e inventos no los han puesto en silencio. La creación gime bajo los dolores de un parto infructuoso: los dolores que no dan a luz a nada; nosotros, aunque tenemos las primicias del Espíritu, gemimos, anhelando la redención del cuerpo, la adopción que ha de ser obrada por la venida del Señor a su Iglesia (Romanos 8: 22; Efesios 1:14), y el Espíritu, dentro de nosotros, intercede por nosotros con gemidos indecibles (Romanos 8:26). En el cielo el Señor aguarda.

Hay que recordar que tanto la gran tribulación como la edad venidera que introduce la tribulación son períodos durante los cuales el Evangelio consigue sus mayores triunfos en la salvación. De la gran tribulación viene el remanente judío, que se vuelve a Cristo en estos momentos terribles, y «una gran multitud, que nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y razas» —gentiles—, que han lavado sus vestidos en la sangre. Ahora contamos fácilmente los convertidos, en aquellos tiempos terribles serán innumerables (Apocalipsis 7:4-10). Y la edad venidera será testimonio también de una conversión casi completa de la familia humana (Hechos 15:16, 17).

Pero !ay! persiste un residuo inveterado de odio a Dios en la raza. Satán tiene permiso de poner a prueba a la humanidad una vez más y recluta un ejército con estos descontentos (Apocalipsis 20:7-9). El juicio final de los «muertos» malos sigue y la escena es limpiada de todo estorbo para que aparezcan los cielos nuevos y la tierra nueva.

Los cristianos creemos que, de alguna forma, en alguna parte, la respuesta al futuro del mundo se halla en los escritos de los profetas —escritos cuya autenticidad ratificó Jesucristo (Lucas 16:31; 24:27, 44)—, y centenares de cumplimientos literales. Pero a estos escritos, sencillos y explícitos en sí mismos, se les han formado significados totalmente extraños al lenguaje usado en ellos, con miras a explicarlos a la Iglesia, en vez de aplicarlos a Israel; o bien han sido el recurso fácil de fanáticos sin preparación intelectual seria.

Sin duda, es hora de que hallemos una interpretación sana y razonable a estos escritos. Este libro es un esfuerzo sincero para presentar una interpretación así, escrito después de treinta y cinco años de estudio con ahínco.

C. I. SCOFIELD
Autor de *La Biblia anotada*

Clasifíquese: PROFECÍA - ESCATOLOGÍA

CLIE